

URSINO



Francisco Gavidia





“URSINO”

DRAMA EN CINCO ACTOS DE

FRANCISCO ANTONIO GAVIDIA.



Al Señor Don Francisco Gavidia.

Su hijo



AL LECTOR

Mi drama pudo titularse *La Colonia*. He querido, a pesar de la inmensa dificultad que ofrece la idea para ser expuesta en una obra dramática, denunciar los errores que nos quedan aún como legado de aquella tiranía y de aquel fanatismo, sobre todo. A pesar de cuanto se ridiculice el arte docente, me parece, si bello el arte por el arte, irrecusable cuando es útil y militante. No maldigo todo lo que nos dejó España, dichoso yo si algún día pudiera estar medianamente satisfecho del uso que hago de su lengua y del arte de Calderón y de Tamayo.

Tu servidor y amigo lector;

F.A.G

PERSONAJES

DOÑA LUZ DE LÓPEZ

MARIA MAYEN DE RUEDA

RAFAEL URSINO DE ORBANEJA

EL CAPITÁN

JUAN LÓPEZ

ABOS

CANDIL

SABINO

EL NOTARIO

CABEZAS

BANDIDOS 1º, 2º, 3º.

Jefes - Soldados - Verdugo - Bandidos - Religiosos -
Criados - Pueblo- &.

Este drama fue representado por la compañía Luque en el Teatro Nacional, el día 1º de abril de 1887. El autor consigna en esta página el nombre de Doña Soledad A. de Luque, que tan inteligente interpretación dio al papel de Doña Luz que estuvo a su cargo.



ACTO I

Bosque

ESCENA I

A un lado, el Capitán Partideño, que lee atentamente en un libro: van entrando bandidos que el Capitán mira silencioso a medida que llegan, y en seguida continúa su lectura. Los Bandidos se reparten en grupos: unos afilan sus armas; otros juegan con dados y barajas.

PARTIDEÑO

—¿Os habéis portado bien, amigos míos? Hay uno, sin embargo, de quien no estoy contento. Alabo la audacia con que os habéis conducido... Pero, ¡con mil demonios!, digo que hay uno... Voy a castigarle como se lo merece...

UN BANDIDO

—Yo, Capitán...

PARTIDEÑO

—Ninguno de vosotros. El que me tiene furioso no ha llegado todavía: ese ha matado una pobre mujer, [a] una legua del puerto de La Unión. Sabéis que no ignoro lo que hacéis y que impongo un castigo severo al que incurre en mi cólera. ¿Vosotros sabéis quién mató a esa mujer?

EL MISMO BANDIDO

—Candil.

PARTIDEÑO

—Lo sé. Refiere cómo fue eso.

EL BANDIDO

—íbamos juntos, señor. Candil, le dije, si despojas a esa mujer de ese mal caballo, vas a disgustar a nuestro Capitán. Si el Capitán no ve por todos, me respondió enojado, yo veré por mí mismo.

PARTIDEÑO

—Miserable.



EL BANDIDO

—Fuese a la vieja y le gritó: Señora, tenga la bondad de dejar ese caballo a beneficio de su servidor. Porque lo hizo con buenas maneras, eso sí, Capitán.

PARTIDEÑO

—Adelante.

EL BANDIDO

—El caballo, respondió la mujer, es de mi nieto. Murió la madre y no tiene padre, porque nosotras, señor, nosotras las pobres, raras veces nos casamos: no le doy el caballo. Pocas palabras, señora bruja, le respondió Candil, venga ese caballo. Primero me matas, grandísimo ladrón, respondió la mujer. Candil, furioso, le descargó un machetazo.

PARTIDEÑO

—Basta (*Continúa sentado y leyendo con cierta inquietud*). ¿De quién es la culpa? (*Interrumpiendo la lectura y cerrando el libro con violencia*). ¡Mía, quiero pensar que es mía! ¿Tengo yo por ventura la culpa de que ese hombre sea un tigre? (*En voz alta*). Ya os

he dicho que dejéis al militar sin cabalgadura, sin espada, sin uniforme y sin dinero; que despojéis al clérigo de su sotana y al fraile de su capucha; que os apropiéis los bienes de los ricos y los hagáis caminar a pie cuando caigan en vuestro poder; que asaltéis las cargas de dinero, escoltadas por paisanos que van al Arzobispado y las rentas de la Corona de España que conducen las escoltas; a los pobres, a las mujeres y a los niños, no les habéis de tocar ni un pelo de la cabeza. Aquí llega. (*Se pone de pie.*)

ESCENA II

Dichos, Candil

EL BANDIDO

—El Capitán está furioso, hermano Candil; es probable que te abra en canal.

CANDIL

—¿A mí?- ¿Por qué?...

PARTIDEÑO

—Candil, conozco tu ferocidad. Con las patrullas



eres un tigre, con las viejas eres un lobo. Hoy por la madrugada has matado una mujer. He prohibido terminantemente que robéis a los pobres y mucho más que los matéis. También has murmurado de tu Capitán, imbécil... ¿A quién de vosotros negué lo que me pidió? Tú, Zorrilla, me pediste en días pasados quinientos duros para tu anciana madre, que tanto me maldice, ¿no los tuviste? El padre de Horacio estalla en la cárcel porque adeudaba a un noblete de San Miguel sesenta duros. Fui yo mismo a la cárcel y le di la suma. No siempre es agradable hacer esas visitas, amigos míos. Tu querida, Candil, aquella india borracha que has dejado en San Salvador, dio a luz un niño en días pasados: bautizo, vestidos, dinero para la fiesta y para mantenerlo, todo salió del bolsillo del Capitán... ¿Quién puede quejarse?

TODOS

—Ninguno.

PARTIDEÑO

—Tengo, Candil, apartados tres mil pesos fuertes para entregarlos a tu mujer.

CANDIL

—Mi Capitán...

PARTIDEÑO

—Sí, y despídete de tus camaradas.

CANDIL

—¡Capitán!, ¿me arrojas de la cuadrilla?

PARTIDEÑO

—Estás condenado a muerte. *(Movimiento de asombro en todos los bandidos; muchos que habían permanecido jugando, se levantan y rodean al CAPITÁN y a CANDIL.)*

LOS BANDIDOS

—Capitán...

PARTIDEÑO

—Es inútil. Robamos a los ricos, saqueamos los conventos, forzamos las monjas, asaltamos las guarniciones, matamos a los jueces y alcaldes de ayuntamiento que extorsionan la Colonia en provecho de la España. Tenemos por enemigo al rey



Fernando VII. Matamos como ellos y robamos como ellos: ellos al pueblo, nosotros a nobles y a títulos eclesiásticos. Ellos se han tomado privilegios, nosotros también; ellos son los aristócratas, nosotros los malhechores; ellos han decretado impuestos, diezmos, nosotros también: diezmos, impuestos y forzosos. Lo hacemos con el mismo derecho y somos mejores porque ellos son los fuertes. Lo del caballo y de la vieja es muy distinto, Candil. Has robado al miserable y matado al débil: tú eres un verdadero ladrón y un negro asesino; tú no eres de los nuestros y no somos tus iguales; vas a morir.

CANDIL

—Capitán...

PARTIDEÑO

—No soy tu Capitán. ¡Con mil demonios! ¿Hay alguno que interceda por este hombre?

LOS BANDIDOS

—¡Ninguno!

CANDIL

—Bien está. No creáis que tengo miedo. Pero os digo que obráis hipócritamente diciendo que no robáis al miserable y que no matáis al débil. Confesad que queréis deshaceros de mí, vosotros todos... Partideño no es juez como los que ponen los españoles.

PARTIDEÑO

—Cierto.

CANDIL

—Y gusta de tomarse cuerpo a cuerpo con los poderosos, con los acaudalados, los nobles.

CAPITÁN

—Cierto

CANDIL

—¿Pues yo qué soy, Capitán? Su pongo que vosotros no me tomáis por el Marqués do Aycinena, ¿Soy yo un poderoso? ¿Tengo yo otra cosa que la vida? Confesad que me guardáis envidia y rencor porque yo al menos no hurto, no mato y quedo con



lo pretensión de ser bueno... ¡Capitán! Un día le salvé la vida a un hombre: el Capitán lo recuerda. Sin mi puñal y sin mi audacia, esa cabeza no estaría sobre esos hombros. Hacéis mucho alarde de oponer fuerza a la fuerza y ya veis que estoy desarmado... Me parece que atacar así a un hombre es acción que se llama... Se llama cobardía.

PARTIDEÑO

—¿Lo oís? Nos llama cobardes... (*Movimiento de impaciencia y cólera en los Bandidos,*) ¡Valor es matar a las mujeres, infame!

CANDIL

—Y puesto que la echas de justiciero, Capitán, antes de quitarme la mía, debieras pagarme la vida que me debes, como acabo de recordártelo.

PARTIDEÑO

—Oye, Candil, mis órdenes se cumplen. Podría hacerte ejecutar sin oír una sola de tus quejas. Has de comprender, sin embargo, la distancia que nos separa. Me diste la vida y te la devuelvo: vive. Vas a partir. Vas a tomar la parte que te corresponde de

nuestro tesoro. Puedes hacerte pasar, donde quiera, por un gran señor, noble, rico... Finge, inventa... Tienes una grande hipocresía y los hipócritas hacen fortuna. Eres cruel, eres ingrato, eres ruin y audaz; vas a ver que con esas cualidades se hace carrera; allá en las ciudades te esperan otros...

LOS BANDIDOS

—¿Queda perdonado?

CAPITÁN

—No, le pago lo que le debo: la vida. Pero el Capitán sigue tus pasos, Candil; combato la fuerza y vas a ser fuerte; herimos en el poderoso y vas a serlo. Lo que digo se cumple: estás condenado a muerte. Sí vuelves a hallarte en mi poder, reza al punto la más eficaz de tus oraciones. Entregad a Candil el dinero a que tiene derecho. Además, daré a tu mujer lo que te he ofrecido: tres mil duros. Dadle bestia y buenas armas. (Vase CANDIL y un BANDIDO.)



ESCENA III

Partideño, Cabezas, que llega; Bandidos

PARTIDEÑO

—¡Mi listo emisario! Acércate. *(Le lleva aparte.)*
¿Qué nuevas?

CABEZAS

—Excelentes, Capitán.

PARTIDEÑO

—¿Es cierto que ha llegado el caballero López a La Unión.

CABEZAS

—Sí, Partideño: en el *Valparaíso*.

PARTIDEÑO

—¿A qué hora?

CABEZAS

—De madrugada, a las cuatro.

PARTIDEÑO

—¿Y queda en La Unión, por cuánto tiempo?

CABEZAS

—Ni un minuto: se ha puesto en camino al instante.

PARTIDEÑO

—¿Viene, pues, en camino?

CABEZAS

—Venía pisándome los talones.

PARTIDEÑO

—Magnífico. (*CANDIL entra queriendo dar la mano y abrazar a los camaradas en despedida. Los Bandidos le vuelven la espalda y se le apartan.*) Estás de viaje, amigo Candil. Tus camaradas te desprecian. (*Dando órdenes.*) Que estén listos los centinelas.

ESCENA IV

Dichos; Candil

PARTIDEÑO

—Sabe que el caballero López, a quien esperamos, llega de la América del Sur, a donde fue, como noble que es, a poner su espada al servicio de los Virreyes. Ha combatido contra Bolívar, luchado con los que mueren por la libertad de la América. Vuelve porque la causa de España pierde terreno y porque su madre, Doña Luz de López, está enferma de muerte a causa de su ausencia. Es vástago de una familia que ha sido en Centro América, desde en tiempo de la conquista, de las que más han oprimido al pueblo, y de las que más esclavos han contado en su servidumbre. Está, pues, condenado a muerte. Sé que eres inteligente y quiero ayudarte en los planes en que ya estás meditando. (*Saca una cartera.*) Si quieres más datos, helos aquí: “El caballero Juan López tiene una madre anciana y achacosa con ochocientos mil duros de fortuna. Es hijo primogénito, único; sobre esa considerable fortuna tienen puestos los ojos un avaro empedernido, según se me informa, el Prior del convento de

Franciscanos de San Miguel” y el jefe de bandidos, Capitán Partideño, tu servidor. Si para algo pueden servirte esos datos, sé que el amigo Candil no es escrupuloso y que sabrá aprovecharlos. Si bien corres el riesgo de que tus buenos oficios redunden en provecho mío. No importa, hemos sido buenos amigos. Si llegas a ser un fraile, un miembro de ayuntamiento, un Gobernador, ¡qué sé yo!, no olvides que Partideño te ha sentenciado a muerte por tu exceso de valor -y de celo.

CANDIL (*aparte*)

—Vas a pagármelas, Capitán; te va a pesar haberme dejado escapar de entre tus garras.

PARTIDEÑO

—Comprendo que debes aborrecerme y aun me parece que leo tus pensamientos.

CENTINELA *próximo*

—Por este lado, a nadie.

CENTINELA *que sigue*

—¡Ni por éste!



OTRO

—¡Ni por éste!

VOZ DENTRO

—¡Ni por éste!

OTRA, VOZ (*más dentro*)

—¡Ni por éste!

OTRA

—¡Ni por éste!

OTRA

—¡Ni por éste!

OTRA (*la más lejana*)

—¡Un viajero!

PARTIDEÑO

—¡¡Aquí!! (*Entra el último Centinela que dio la voz, corriendo.*)

BANDIDO

—En estos momentos baja a una quebrada un viajero, cuyo aspecto denuncia al caballero que esperamos.

PARTIDEÑO

—Que vayan tres a atacarle. Si muere uno, que el que le sigue se ponga en su lugar. Uno tras otro, frente a frente y pie a pie. Podéis matarle, (*Vanse tres BANDIDOS y los demás les miran ir; interesados.*)

Con la muerte de ese joven... (*Se empieza a oír la riña*) Ha empezado la fiesta... Con la muerte de ese joven vamos a poner fin a una descendencia de muy orgullosos señores. (*Habla volviendo la vista hacia el lugar del combate.*) El Prior de los Franciscanos, famoso avaro según datos auténticos, está enamorado de los ochocientos mil duros de la señora madre... Pero qué tardan...

¿A dónde se les ha ido el valor y la destreza a mis hombres?... ¡Ola! ese doncel tiene la fuerza de un león y la agilidad de una serpiente... Vamos a ver si conmigo se muestra el señor López tan animoso...



Ea, dejádmelo... ¡apartad! (*Entrase el CAPITÁN blandiendo su espada. DON JUAN batiéndose con PARTIDEÑO: los Bandidos les siguen viendo con interés las peripecias del combate.*)

ESCENA VI

Dichos, Don Juan

PARTIDEÑO:

—Firme

DON JUAN

—Firme

PARTIDEÑO

—¿Tienes buen ánimo?

JUAN

—Vas a tener la prueba.

PARTIDEÑO

—¡Pronto!

JUAN

—¿Qué quieres, mi oro?

PARTIDEÑO

—Y tu sangre.

JUAN

—Pues firme.

PARTIDEÑO

—Firme... ¡Detente! (*Suspenden la lucha.*)

JUAN

—¿Y ahora, qué quieres?

PARTIDEÑO

—Si tienes fe en un pecho valeroso, un abrazo...

JUAN

—Jamás desconfié de un valiente y tú lo eres.
(*Abrázanse*) ¿Cuál es tu nombre?



PARTIDEÑO

—Partideño.

JUAN

—¡Aparta!

PARTIDEÑO

—Te abracé porque la admiración de un valiente halaga al alma generosa.

JUAN

—Si no te afeara, Partideño, el ruin oficio que ejercitas, te alargaría la mano.

PARTIDEÑO

—No la recibiría porque eres mi enemigo.

JUAN

—Lo que hice admirando tu valor, no puede hacerlo un caballero conociendo tu nombre.

PARTIDEÑO

—Lo que yo hice por un desahogo de admiración no lo repetiría con el ánimo tranquilo. Sabes que soy

un enemigo implacable de tu clase.

JUAN

—Tu noble espada se resiste a ser empuñada por manos que alimentan un oficio vergonzoso.

PARTIDEÑO

—¡López!, ¿viste en mi frente la más ligera sombra cuando te has atrevido a pronunciar esas palabras que me desgarran el corazón?... Puesto que eres valiente no repetirías esas palabras en llegando a conocer mi historia. Mato y no escondo la mano; robo y no oculto la faz. La muerte que yo he recibido antes, me ha hecho mantenerme altanero cuando se me ha acusado de implacable. Otros me han robado lo mejor; y ni el oro ni la vida de que despojo a los de tu clase me podrán recompensar la pérdida que ya no lloro porque se me ha secado la fuente de las lágrimas.

JUAN

—Es una historia, Capitán, que yo he oído referir a mi nodriza y que siempre he tenido por fantasía del vulgo. Estoy fatigado.



PARTIDEÑO

—Puedes descansar, López. (*DON JUAN se sienta. El CAPITÁN permanece de pie.*)

JUAN

—Mientras tanto, me referirás esa historia que tengo curiosidad de conocer venida de fuente tan veraz como es el Capitán Partideño.

PARTIDEÑO

—La referiré porque te has ganado mi estimación y no quiero que me condenes sin atenuar...

JUAN

—Venga esa historia. Esta será una escena que conservaré en la memoria con interés: Don Juan López en pláticas confidenciales con Partideño... De veras lamento que no seas mi camarada en la guerra con esos endiablados llaneros que me han matado ya dos caballos... Te escucho con interés, Capitán.

PARTIDEÑO

—Esto parece que sucedió ayer... Hace veinte años

era yo un artesano honrado, honrado como les llaman a los tontos. Sabes que a tu edad, a los veinte años, cualquier hombre puede ser tan necio que le dé el alma al diablo por la mirada de una muñeca graciosa y bonita... Me enamoré de una mujer; se llamaba María...

JUAN

—¿María?

PARTIDEÑO

—¿Qué tiene ese nombre...?

JUAN

—Nada. Yo tengo una amiga que se llama así.

PARTIDEÑO

—¡Ah! Ella no será como la otra, López: ¡desgraciada! La amé y me amó; era tan bella que los nobles de Guatemala se deslizaban al barrio para decirle muchas necedades. Esto me hacía sufrir horriblemente. María, le dije una vez, no te vean esos hombres; se me destroza el corazón cuando ellos te hablan. María, no vayas a perderte, porque



me pierdes. Ella se puso a temblar; debí causarle miedo en aquel instante. Casémonos, me respondió, porque no sabes... Quieren hacerte mucho daño. María, le dije, di a esos señores que mi felicidad tiene un precio de muerte. Había entre aquellos ricos hombres un noble orgulloso de llevar el apellido de los Ursino y Orbaneja, descendiente de uno de los visitantes del reino y oidor de la Cancillería mejicana. Famoso era el caballero Ursino como seductor de hijas de familias pobres y desesperación de maridos plebeyos. Eran muchas las anécdotas que de sus lances galantes se referían en los salones de la muy leal y muy noble Guatemala. Cierta día se atrevió a mi presencia a deslizar en los oídos de María palabras de gentil cinismo, que le ofendieron el pudor, acogidas entre alegres risotadas de galancetes que le acompañaban. No pude contenerme y premié su ingenio picante con una bofetada que le hizo venir a tierra a los pies de María. Le esperé resuelto. Pero él, al levantarse, ahogó una amenaza que aprisionaron los labios con prudencia, pero que leí yo en sus ojos inflamados de cólera. Un día pude llamarme dueño de la mujer a quien amaba. Todos mis opulentos rivales me felicitaron de una

manera equívoca. Yo era, en verdad, decían, un muchacho honrado, casi acomodado y no nada tonto. María era adorada por su esposo y él, lo que era él, podía estar seguro del amor de su mujer. Decían esto con cierta risa que me envenenaba la sangre. Rafael Ursino disimulaba su rencor prodigando más que todos la ironía. Pude al fin, caballero López, llamarme dueño de María. Aquel día es el más horrible de mi vida. Por la noche quedéme solo con mi joven esposa. Ella se hallaba a mi lado; al frente, la puerta que daba a una alcoba a oscuras. En aquella sombra se dibujaban los lineamientos y los cortinajes de un lecho nupcial. Yo fijaba la mirada en María y después la sepultaba en aquella puerta, como si viera flotar en aquellas tinieblas la deidad del amor y como si en aquella oscuridad esperase escuchar cómo avanzaban los pasos de la dicha suprema. Ella inclinaba la cabeza cada vez que yo exhalaba un suspiro de amorosa impaciencia.

De improviso, escuché un ruido, un ruido de armas. Un hombre con la espada desnuda se fijó en el marco de la puerta. Era Ursino. Tras él aparecieron cinco, diez hombres, todos armados. A un tiempo



cayeron sobre mí, me ultrajaron, me ataron, me amordazaron, todos ellos muertos de risa. Podía ver sus rostros; les conocía a todos. Después, se apoderaron de María; comprendí aquel horror: ¡me robaban mi esposa virgen aún! Entonces yo, maniatado, aturdido, hice un juramento cuyo recuerdo hace la felicidad de mi noche de nupcias: juré por las santas cenizas de mi madre lavar la inocencia de aquella mujer con mares de sangre. La mordaza me impedía hablar y las contorsiones hechas para expresarles mi juramento aumentaban las carcajadas sardónicas de aquel puñado de demonios contentos y cobardes. Ursino aprovechó la ocasión para cobrarse el bofetón... Después atáronme al lecho y desaparecieron, llevándose a mi mujer desmayada.

JUAN

—Odiosa es esa historia, Capitán. El vulgo la refiere de otro modo: se dice que habías hecho un trato con el diablo, por el cual le dabas la mujer a cambio de que te hiciera invencible.

PARTIDEÑO

—Ciertamente que Ursino es un demonio.

JUAN

— Ese agravio pedía mucha sangre. Es una historia horrible...

PARTIDEÑO

—A nadie la refiero sin hacerlo oír la conclusión, López.

JUAN

Tengo interés en saberla.

PARTIDEÑO

—Al día siguiente amanecí rodeado de mas vecinos que observaban mi desgracia irónicamente. Media hora después mi nombre, mi otro nombre que no volveré a pronunciar en la vida, se mezclaba a las burlas de toda la noble Metrópoli. Mi nombre era objeto de risas, el de Rafael Ursino y el de los caballeros de buen humor que le ayudamos en su conquista, eran objeto de admiración y la aventura comentada agudamente en los soberbios salones de



la Ciudad de los Caballeros. Busqué a mi enemigo; lo encontré, por fin, en una calle, huyo turbado y gané las puertas de una iglesia. La gente levantó un solo grito: ¡al asesino! No vacilé: al alcanzarle levanté mi puñal; cien manos desesperadas se apoderaron de mi brazo y el acero que caía como un rayo, se desvió y fue a hacerse pedazos en la frente de Ursino. No murió el miserable. Toda la nobleza se indignó; la iglesia me excomulgó por haber derramado sangre en recinto sagrado y la acusación presentada por mi contra Ursino, sirvió en los tribunales de prueba para hundirme más por un crimen que decían sacrílego. Con el nuevo lance, la risa aumentó: bravo estaba el marido, con razón había ido a parar a la cárcel. Al día siguiente se supo que yo me había evadido: llevaba encima la deshonra; estaba perseguido por los jueces, acechado por la nobleza, excomulgado por la Iglesia... Todo esto aumentó la risa de la gente. Un marido burlado por mucho que haga no merece otra cosa. En risa universal, dije, va a convertirse en llanto, en horror. Uno tras otro murieron a mis manos los alegres hombres de mundo que acompañaban a Ursino la noche aquella. El anciano Ursino de Orbaneja, padre de mi enemigo, que había

puesto su fortuna al servicio de mis perseguidores, amaneció en su lecho cierto día con un puñal clavado al corazón.

JUAN

—Sabe que todo eso es espantoso, Capitán.

PARTIDEÑO

—No acepté la vida, desde que no tuve honra, sino a condición de ser espantoso, caballero López.

JUAN

—¿Y qué fue de tu desgraciada mujer?

PARTIDEÑO

—¡María! Ya no la vi jamás ni la he buscado. La guerra fue a muerte: yo de un lado y el mundo entero del otro.

JUAN

—¿Y tu enemigo?

PARTIDEÑO

—Hace veinte años que le busco. No parece sino



que se lo ha tragado la tierra. Su muerte, sin embargo, no es cosa de Dios, sino de un puñal. El corazón me dice que he de hallarle. Ni las calamidades que vienen de la mano de Dios pueden disputarme la vida de ese hombre.

JUAN

—Eres tan ciego, Partideño, que haces de tus pasiones una gran impiedad. Tan ciego que inmolas los inocentes a tus venganzas.

(VOZ DENTRO) [SABINO]

—¡Maldito seas!

PARTIDEÑO

—Quién...

ESCENA VII

Dichos; Sabino, muchacho de diez y seis años

SABINO

—Has mandado a matar a mi abuela por robarle un caballo.

PARTIDEÑO

—Niño atrevido...

SABINO

—Vengo a matarte. *(Se arroja sobre el CAPITÁN puñal en mano; algunos Bandidos le detienen y van a darle muerte.)*

PARTIDEÑO

—No le hagáis daño. Soltadle. Ven acá, joven. ¿Cómo te llamas?

SABINO

Soy Sabino; has hecho matar a una mujer que era mi ebuela.

Eres el Capitán Partideño, un bandido. Vengo a matarte.

PARTIDEÑO

—Sabino, yo no he ordenado la muerte de esa mujer.



SABINO

—Mientes.

PARTIDEÑO

—El hombre que ha matado a esa mujer está sentenciado a muerte.

SABINO

—Muéstramele.

PARTIDEÑO

—Ha partido, pero donde quiera que le halle le daré muerte.

SABINO

—La fama dice que no mientes jamás; sin embargo, no te creo.

PARTIDEÑO

—¿No me crees?

SABINO

—No.

PARTIDEÑO

—Pues vete. Toma dinero; hazle un sepulcro a esa mujer.

SABINO

—No vengo por dinero, vengo por sangre.

PARTIDEÑO

—Te han dicho que Partideño no miente. ¿No me crees? No importa. Antes que la piedad, la muerte de tu abuela ha despertado en ti los instintos de una fiera: a muy corta edad se ha despertado en tu pecho la sed de sangre. Mira, Don Juan, eso somos los hombres.

Sabino, desde que ha muerto esa mujer a quien tanto amabas, ¿has rezado una oración siquiera?

SABINO

—He estado afilando este puñal; no he tenido lugar. Además, hablas como un fraile y eres un bandido. Tu sangre.



PARTIDEÑO

—Porque yo soy un miserable como vosotros, jamás he permitido que se os haga mal. En veinte años que comparto con el león el señorío de las selvas, esta es la primera vez que sucede una desgracia semejante. (*Conmovido.*) Pero si por la sangre del que mató a esa anciana quieres la mía, ven, hijo, hiéreme... me haces sufrir horriblemente...

SABINO

—Capitán, creo lo que me has dicho.

PARTIDEÑO

—Está bien, puedes marcharte.

SABINO

—No me iré, Capitán; me has dicho que el matador será castigado y me quedaré a tu lado hasta entonces. ¿Me lo permites?

PARTIDEÑO

—Niño, vuélvete; no sabes la vida que hacemos. Nos persiguen, nos cercan, dormimos en los matorrales, en los árboles, cruzamos los ríos a la

medianoche, nos matan y matamos. Vete.

SABINO

—Capitán, los cadáveres me dan miedo y he jurado al de mi abuela no volver sin vengarla. ¿Cuándo verás a ese hombre?

PARTIDEÑO

—No puedo decírtelo; quizás hoy, quizás dentro de muchos años. Vete.

SABINO

—Capitán, aunque no le encontrara sino al fin de mi vida... ¿Cuál es su nombre?

PARTIDEÑO

—Candil.

SABINO

—Candil. Por última vez, Capitán, ¿me permite quedarme?

PARTIDEÑO

—Eres un niño que vale por un hombre. Educado



en la Real y Pontificia Universidad de San Carlos llegarías a ser un General, un Obispo, o tendrías un nombre ilustre, como el de Antonio García Redondo o el de Matías Córdova. Has nacido en la miseria y puedes llegar a ser un famoso ladrón. En algo se han de emplear las fuerzas de ese pecho... Sabino, modera tus ímpetus y sé en la montañas un hombre honrado.

SABINO

—Veo que me quieres, Capitán; me quedaré contigo aunque me rechaces.

PARTIDEÑO

—Pero, insensato, ¿no ves el camino que yo sigo?

SABINO

—He dado mi palabra a un cadáver; he de hallar a ese hombre. Capitán, me quedo.

JUAN

—Niño admirable... ¡Infeliz!

PARTIDEÑO

—Sea. Respondo de tu cabeza con la mía. ¿Lo ves, caballero López? Muchos de los de mi cuadrilla se han agregado de un modo parecido. Vosotros los dichosos no sabéis de dónde nacen muchos males.

JUAN

—¿Quieres culparnos porque uno de los de tu banda asesinó a esa mujer?

PARTIDEÑO

—Así son las ceguedades. Veis las cosas cómo llegan y no de dónde vienen. Véis la piedra que cae, os alargáis a condenar la honda; la mano que la arroja es para vosotros inocente. Señor López, todo se enlaza. Ursino era un infame; Ursino produjo a Partideño; a causa de Partideño apareció Candil; Candil ha engendrado un nuevo malhechor. Vedle. Tenéis iluminado el corazón, iluminada el alma: valor, honor, probidad, honradez, grandeza, es un vocabulario destinado a vosotros; nosotros tenemos encima el tributo del robo, de la prostitución, del presidio. Señor López, vosotros no pasáis de ser unos repugnantes egoístas; contribuís al mal con vuestro



orgullo y vuestra vanidad. Si Dios se ocupa en las cosas de los hombres es probable que vuestros defectos pesen en la eterna balanza lo mismo que nuestros crímenes.

Soy el jefe de estos perdidos: ya conoces la historia de Partideño. Tocante a esos desgraciados que me siguen son indios, esclavos huidos del poder de sus amos, montañeses que han salido de la cárcel. Uno recibió unos cuantos bastonazos porque no saludó una silla, la silla en que se sentaba un noble español; se agregó a la banda y mató a su injusto ofensor. La madre de un esclavo, esclava también, murió a consecuencia de un puntapié del amo; el esclavo se unió a mi banda y mató al matador de su madre. Otro esclavo recibía diariamente una tarea que jamás podía desempeñar. El amo le hacía poner a la picota con regularidad y le hacía dar cincuenta azotes... Se agregó a mi banda y mató a su verdugo. Otro... puedo referirte muchas historias. López, he matado a muchos de tus deudos; tu familia está entroncada con toda la nobleza de Guatemala. Sois parientes lejanos de los Alvarez de Vega y Toledo, de los Montúfar, Batres y Delgado de Nájera. Por lo menos

he dado muerte a uno de los de esas familias. Sois parientes inmediatos de los Alvarado Villacreces Cueva y Guzmán; también he dado muerte a algunos Alvarado Villacreces. Los Tobillas y Estrada, los Pérez Dardón y los Salazar de Monsalve te tocan de cerca, Don Juan, lo sé. Durante largos años esas familias han provisto al reino de alcaldes ordinarios del Ayuntamiento, de prebendados de la Metropolitana y de las Catedrales de Provincia, de Regentes de la Real audiencia y aun de Visitadores de los reinos del Norte y del Sur; pues bien, yo he dado muerte a muchos de los Alcaldes ordinarios, a algunos prebendados, a pocos regentes y aun a dos o tres visitadores. Durante veinte años, el luto de esas familias, tus parientes, ha testificado el odio que el Capitán Partideño guarda a los de tu clase. Sabino, agrégate a la cuadrilla. Cada uno de estos niños que se pierde me lo hago pagar muy caro, señor López; cada bandido de los que me siguen tienen por precio las cabezas de muchos nobles, las almas pervertidas significan una deuda de sangre de la que vosotros que yo os hago pagar. Señor López, la guerra es a muerte. Si me tuviese en tu poder, en la ciudad, ¿me habrías entregado a los Tribunales? Responde.



JUAN

—Te habría entregado, Partideño.

PARTÍ DEÑO

—Es natural; mira, este niño ya es de mi cuadrilla: la suerte que nos pone en guerra a nosotros y a vosotros escoge al azar las victimas. Hoy ha rodado al mal esa criatura. Mírala, Don Juan, no ha tenido su primer amor todavía. Su pérdida tiene un precio: tu vida.

JUAN

—¿Cuál?

PARTIDEÑO

—Tu vida. Él se pierde por azar, tú pagas por azar. ¡En guardia!

JUAN

—¡Es un hombre extraño!

PARTIDEÑO

—Pronto.

JUAN

—¡Riño a mi pesar y no por miedo, Capitán!

PARTIDEÑO

—Lo mismo yo. ¡En guardia!

(Combaten y se pierden en la selva, el CAPITÁN cargando sobre el caballero. Bandidos y SABINO les siguen con interés.)

ESCENA VIII

Sala en casa de Doña Luz. A un lado, una imagen de la Virgen.

Fray Fabián, María.

FRAY *(Entrando)*

—Pax huic donmui.

MARÍA

—¿Sois vos, padre?



FRAY

—Muy buenos, hija mía.

MARÍA

—¿Habéis estado bien?

FRAY

—Los silicios duplicados; he reemplazado el manojo de paja que me servía de almohada con una piedra zahareña. El hermano Fray Félix no me ha permitido que suban a cincuenta los azotes de la última noche y ha añadido un ala de pollo al pan y agua que sostenían mis cuarenta días de ayuno. Diez y seis horas de oración han dejado estas llagas en las rodillas. Mirad... ¿Habéis visto? *(El FRAILE hace como que va a mostrarlas; MARÍA le vuelve la espalda; el FRAILE aparenta haberlas mostrado, seguro de lo contrario.)* Son grandes y dolorosas. ¿Habéis visto?

MARÍA

—Sí, padre. *(Aparte.)* El pobre santo... Os excedéis en vuestros ejercicios.

FRAY

—Más se exceden los hombres en el nefando cultivo de la culpa... Vamos, ¿cómo está la enferma?, hija mía.

MARÍA

—Mala noche, señor; está acalenturada. Se empeña en ayunar, a pesar de hallarse débil en extremo. Ha pasado toda la noche presa de delirios febriles. La vuelta de su hijo, eso la tiene ansiosa... ¡Cómo pudo suceder lo de este viaje! Sabéis que nunca se habían separado.

FRAY

—Pero llegó un día en que empezada la guerra del Sur, la madre y el hijo pensaron que era forzoso obedecer a las tradiciones de sus valerosos abuelos. Era preciso combatir a los facciosos, a los traidores a los rebeldes que acaudilla ese facineroso llamado Simón Bolívar. La madre y el hijo pensaron que aunque retirado a una oscura región de la América, un noble español debe al rey su sangre y su espada.



MARÍA

—Vos, padre, fomentasteis la idea de que Juan fuese a la guerra. Tan lejos...

FRAY

—Yo dije que un descendiente de los López debía correr a combatir por los derechos de la Corona de España; cierto...

MARÍA

—En eso vi un exceso de vanidad, alimentada a expensas da muchos dolores.

FRAY

—Jamás desmentisteis la sangre de los Mayen de Rueda...

MARÍA

—¿Qué queréis decir?...

FRAY

—Ya eso viene de antiguo... Toda vuestra familia ha sido hostil a la religión y a la autoridad del rey... En vano Doña Luz...

MARÍA

—Padre, ¿vos también creéis?

FRAY

—Don Pedro, vuestro antepasado, ganó para la familia de Mayén una maldición que aún está condenándoos.

MARÍA

—¡Ah! siempre esa historia...

FRAY

—En fin... ¿Conque la enferma?

MARÍA

—Os lo he dicho, llora por su hijo. Juan López no vuelve.

FRAY

—Conformidad. Y luego quizás... (Nunca suceda) quizás Don Juan vuelva al lado de su madre.



MARÍA

—Lo sabremos por ese viajero que ha mandado decir a Doña Luz que él podría darle noticias de su hijo. Ha llegado a La Unión el bergantín *Valparaiso*.

FRAY (*aparte*)

—¡Ira de demonio! Un viajero... ¿Ese viajero ha llegado a bordo del *Valparaiso*?

MARÍA

—Probablemente.

FRAY

—¿Y cómo se ha anunciado el desconocido?

MARÍA

—Se llama Alonso Peñalva.

FRAY

—Alonso Peñalva...

MARÍA

—Peñalva, sí...

FRAY (*aparte*)

—¿Quién podrá ser? Las mejores esperanzas se oscurecen. Pensar que este viajero puede hacerme desandar lo avanzado... ¡Con mil diablos!... Ese muchacho no ha podido atrapar una bala o un lanzazo... Y Doña Luz... Es una enferma que tiene el defecto de no morirse luego.

Voz DENTRO

—¡Horrible, horrible!...

(El religioso se vuelve con un movimiento de sorpresa. DOÑA LUZ aparece a una puerta, vestida de negro, al descuido la ropa y los cabellos, las facciones demacradas y serenas que conservan rastros de belleza, enfermas y lánguidas.)

ESCENA IX

Dichos; Doña Luz

DOÑA LUZ

—Padre, es horrible.



FRAY

—¡Eh! ¿qué, señora?

DOÑA LUZ

—Ese pensamiento, esa idea, ese sueño...

FRAY

—¿Qué decís?... *(Movimiento de terrible sorpresa en el Religioso; el actor tomará en consideración el efecto que produce en un hipócrita que le sorprendan un pensamiento criminal.)* ¿Yo?

DOÑA LUZ

—Sí, vos me tranquilizaréis...

FRAY *(aparte)*

—Me he turbado... Soy un necio... ¡Pero qué hacéis por la Santa Virgen! ¿Os habéis levantado... así?...

DOÑA LUZ

—La cama es para mí un lugar terrible; me rodean fantasmas y mis sueños son funestos... Mirad este puñal.

FRAY

-Y bien...

Luz

—Soñé, padre, que mi marido había vuelto a casa después de quince años de muerto... ¿Conocisteis a mi marido, Fray Fabián?

FRAY

—Cuando llegué a San Miguel ya había muerto; sin embargo, se que se llamaba Don Felipe López, descendiente, por linea femenina, de Barahona, uno de los conquistadores que se distinguieron en la rendición de Zacatepéquez, emparentado con los Baraona Loaiza, de (Guatemala y los Polanco de Tegucigalpa, descendientes del caballero Gaspar Polanco...

Luz

—Se juntaban mi familia y la de mi esposo en los Alvarado Villacreces Cueva y Guzmán... ¡Ah! de los López, mi pobre hijo es el último; ¡y pensar que este sueño!... Oh, aconsejadme.



FRAY

—Hablad, hija mía...

Luz

—Soñé que mi marido estaba en casa; caminaba por esta sala como en otro tiempo... ¿Dónde está el puñal?, me dijo. Guardado, le respondí. Sabes, me dijo, que ese puñal era de nuestros antepasados, aquellos nobles españoles que combatieron en la conquista; ha sido conservado como una prenda de familia que nos recuerda el valor de aquellos nobles caballeros. Sí, le dije, pero tú estabas muerto, Felipe. Vengo a decirte que vas a morir pronto, me dijo. Preciso es que sepas un secreto. Un día se encontraba Laurencio López en las filas de los conquistadores. Próximo estaba a darse un combate contra los indios Zutugiles. Aquel abuelo nuestro tenía en sus manos el puñal. Rompióse la lucha. Las flechas se astillaban en las armaduras. Las lanzas y los arcabuces hacían estragos en las filas enemigas. De pronto en medio de la refriega se encontró Laurencio frente a frente con un cacique llamado Axib. Lucharon con ferocidad. Por fin se quebró el hacha de piedra del cacique y el puñal de los López

se hundió en el corazón del Jefe. Vencida la tribu, mi antepasado tuvo a su cargo aprisionar las mujeres e intimarles la conversión al catolicismo. Lleváronlas a su presencia. Entre ellas se hallaba la mujer del cacique Axib. Hazte cristiana, le dijo Laurencio, presentándole el Evangelio. Oh blanco, respondió la mujer del Jefe, eres tú quien mató a Axib; sé, pues, maldito. Aborrezco a tu Dios. Y al decir esto, arrojó el santo libro por los suelos. Laurencio la mandó quemar. La india fue a la hoguera con valor indómito y gritó a los soldados desde las llamas. Decid al blanco, vuestro Jefe, que el último de sus descendientes será muerto por el puñal con que ha dado muerte a Axib y aborrecerá a su Dios. Eso dijo mi marido. Qué haré pues, le interrogué angustiada. Piénsalo, me dijo, y desapareció. Ya veis, Fray Fabián, que esto es horroroso.

FRAY

—Sí... (*Meditabundo.*)

Luz

—¿En qué pensáis?



FRAY

—Algo de magia, de artes nefandas, ha mediado para que tengáis ese sueño...

LUZ

—Líbreme Dios.

FRAY

—¿Nadie hay en vuestra casa?

(Ambos fijan la mirada en MARÍA, que se turba involuntariamente)

Luz *(murmurando)*

—¿Qué quiere decir?...

MARÍA

—¿No dicen que es un pecado tomar como ciertas las quimeras y dar interpretaciones a los sueños? La fiebre, la agitación, os hacen concebir dormida esas tristes ficciones.

FRAY

—Sin embargo...

Luz

—Sí, sin embargo es preciso que este puñal desaparezca... ¿Sabéis, padre, que hoy recibo noticias de mi hijo? ¿Qué podré hacer con este puñal que es una prenda de familia?... Quizás mi hijo venga ya en camino...

MARÍA

—¡Ah, qué negro pensamiento!

LUZ

—Ah, ya sé, escuchad, padre Prior. Iba a obsequiar a vuestro convento esa imagen de la Santa Virgen. Es obsequio que hago a los religiosos para que la madre de Dios me traiga a un hijo a mis brazos. Pienso que me guarde ese puñal hasta que mi Juan..

MARÍA

—Ah, Dios mío...

FRAY

—Os daré sagradas reliquias para que afirmen vuestra fe y os libren de ensueños que parecen cosa de hechicería. ¿Habéis tenido alguna vez trato con



agoreros?

Luz

—¡Oh, nunca! ¿Qué queréis decir?

(FRAY FABIÁN y DOÑA LUZ vuelven uno después de otro la mirada hacia MARÍA; ésta inclina la cabeza, conturbada.)

FRAY

—Señora, vais a guardar estas sagradas reliquias, que llevo al pecho. Un pedazo del hábito de la monja Josefa de Santa María, del convento de Concepción de Guatemala, cuyo cuerpo fue encontrado incorrupto después de nueve años de muerta. Tomad *pater noster* del rosario de la monja Serafina Ortiz y de Doña Ana Guerra de Jesús, que nadó en San Vicente de Austria. Ambas padecieron penosas sequedades de espíritu y el Señor las premió anticipándoles las dulzuras del paraíso, favoreciéndolas con visiones, locuciones y otros dones sobrenaturales.

Luz

—¡Gracias, gracias, padre mío; sois mi consuelo y

mi sostén! Hoy tendré nuevas de mi Juan. Espero con ansia a ese desconocido. Daré orden para que al volver vos al convento, sea llevada la imagen que guardará nuestra prenda de familia... Padre, quedad hasta luego...

FRAY (*a DOÑA Luz, encaminándola*)

—Procurad volver a la cama; estáis muy débil. (*Baja la voz*) Esa joven protegida vuestra es descendiente de los Rueda.

Luz

—Sí, lleva un nombre execrado.

FRAY

—Es peligrosa en vuestra casa... Silencio (*Movimiento de angustia de DOÑA LUZ. MARÍA les observa. Vase DOÑA LUZ.*)

Esta joven ama a Don Juan. Preciso es quitarla de por medio, por si acaso vuelve el caballero López. (*Se santigua y reza entre dientes.*)

MARÍA (*aparte*)

—Ese ministro de Dios me parece un demonio.



(Vase.)

ESCENA X

FRAY FABIÁN

—Conque vuelve Don Juan. ¿Pero qué diablos hizo el caballero López que no se hizo matar? Paciencia... *(Se sienta a la mesa y apunta en una cartera.)* Asuntos del día. Una herencia... En San Vicente. La fortuna del Señor Sejano... El Señor Sejano fluctúa entre mi Convento y su hija... El confesor le hará inclinarse a favor del Convento... Una custodia de oro. Una diadema de diamantes para Nuestra Señora de la Paz. Otra herencia... ¡Oro y más oro y todo es mío! La fortuna de los López. *(Escribe.)* “Resultado dudoso a consecuencia de las últimas noticias que pueden recibirse”... Ochocientos mil duros. Valen la pena... ¿Quién pudiera ayudarme en este negocio?...

CANDIL *(dentro)*

—Yo. *(CANDIL aparece por una puerta, acompañado de un Criado, vestido de caballero.)*

ESCENA XI

Dichos, Candil y un Criado a la puerta.

— Yo... soy el mismo Don Alonso Peñalva. Puedes decírselo a tu ama: traigo nuevas importantes. ¿lo oyes, amigo? Anda, anúnciame. Señor Don Alonso Penalva. Abre los oídos y cierra la boca... (*Vase el Criado*) Veremos si el Capitán es tan buen profeta. He allí un fraile. Reverendo...

FRAY

—Caballero.

CANDIL

—Vuestro servidor...

FRAY

—¿Venís del Sur?

CANDIL

—No del Sur, precisamente; vengo sí con nuevas importantes para una estimable Señora.



FRAY (*aparte*)

—No viene del Sur. ¿Cómo puede traer noticias de Don Juan? ¿Qué pájaro es éste?

CANDIL

—Si su reverenda no la tiene a mal, santificaré este día besando sus manos muy benditas.

FRAY

—Podéis hacer... (*Aparte.*) Es un picaro.

(Mientras besa la mano y el FRAY hace el aparte, CANDIL desprende una camándula de oro del cinto del Religioso.)

CANDIL

—He santificado el día. Y aún podemos rezar entrambos oraciones para eterno descanso... (*Señalando el lugar donde ocultó el robo.*)

FRAY (*aparté*)

—Mi camándula... Pero esto no es posible... ¡Sí es maestro! Dadme vuestro sombrero y vuestra capa, Señor caballero: descansad.

CANDIL

—Gracias. (*Aparte.*) Es un fraile educado.

FRAY (*aparté*)

—Quién sabe si venga de parte del Capitán. Es preciso, tener mucha prudencia. Todo él denuncia un pícaro de más de la marca. ¿Sois rico?

CANDIL

—Así... Varea la plata.

FRAY

—¿Vuestra gracia, si no os importuno?

CANDIL

—¿Mi gracia? ¡Demonio! ¿si querrá que le diga robar con destreza?)

FRAY

—Vuestro nombre...

CANDIL

—Alonso Peñalva.



FRAY

—En San Miguel, Señor Caballero, podéis haceros de una gran fortuna.

CANDIL

—Ah, sois muy elocuente.

FRAY

—Gusto ser amigo de los forasteros y ayudarles para que alcancen cierta posición.

CANDIL (*aparté*)

—Tenía mal concepto de los frailes: son amables y corteses.

FRAY (*aparté*)

—Es preciso ir con tiento: si Partideño me ha enviado este sabueso puedo darme por perdido... Es preciso obrar con mucho pulso.

CANDIL

—¿Vuestro nombre, Ilustrísimo y Reverendísimo?

FRAY

(Ya me hizo Obispo) —Fray Fabián, hijo.

CANDIL

(Ya me hizo su hijo.) —A vuestros pies,
Reverendísimo Fray Fabián

FRAY (aparte)

Empecemos la prueba. (*Pónese a una ventana.*) Es
cosa bien especial...

CANDIL

—¿Qué es lo que admiráis, reverendo?

FRAY

—El orden y la armonía con que marchan esos
cristianos.

CANDIL

—(¡Diablo! ¡Una patrulla!). En efecto, es una cosa
admirable. (*Aparté*). (Este fraile me está dando a
entender cosas desagradables.)



FRAY

—Señor Don Alonso Peñalva, tengo entre manos asuntos importantes en que podríais ayudarme eficazmente con gran provecho vuestro: tengo para mí que vamos a ser grandísimos amigos. Soy el Prior del Convento de San Francisco.

CANDIL (*aparté*)

—De éste me habló el Capitán: la fortuna de Doña Luz; comprendo.

FRAY

—Puedo con mis influencias haceros un lugar...

CANDIL

—¿En el convento?

FRAY

—No, en el Gobierno, ¿Conocéis al Capitán Partideño?

CANDIL

—¡Yo, yo!... ¡¡¡yo!!!

FRAY (*aparte*)

—Se ha vendido. Es preciso que yo seduzca este hombre y le aproveche para combatir al Capitán. Si no lo logro, nada me cuesta deshacerme de él. (*Permanece siempre a la ventana. Alto.*) Allí vuelve la patrulla... No sé por qué siento tentaciones de llamar al Señor Alférez....

¿Conocéis al Capitán Partideño?

CANDIL

—¡Os engañáis, Reverendo, os engañáis!

FRAY

—Muy buenos días, Señor Alférez. (*Saluda hacia la calle.*) Vamos, hablad pronto: ¿venís de parte del Capitán? Detened un momento vuestra escolta, Señor militar. (*CANDIL saca un puñal con disimulo.*)

CANDIL

—Seamos francos, ¿vais a hacerme prender'?

FRAY

—Responded. ¿Venís de parte del Capitán?



CANDIL

—Oídmeme. El Capitán es mi enemigo mortal desde hace algunas horas; enemigo mortal.

FRAY.

—Algunas horas... Me engañáis.

CANDIL

—Os daré pruebas.

FRAY

—Ésas vendrán a su tiempo. Oídmeme. Tengo interés en apoderarme de él: si sois de los suyos, yo os ofrezco riquezas, honores, todo con tal que le hagáis caer en mis manos. ¿Aceptáis?

CANDIL

—Os digo que es mi enemigo y os podría ayudar a perseguirle.

FRAY

—¿Por qué es vuestro enemigo?

CANDIL

—Por nada... Quería hacerme cortar la cabeza porque maté una vieja... Vamos, niñerías.

FRAY

—¿Una mujer pobre?

CANDIL

—Como una rata.

FRAY

—Os creo. Partideño es amigo de los harapientos. En fin, veremos eso. Por hoy decidme, ¿a qué vienen esas noticias que afirmáis traer del caballero López?

CANDIL

—Son noticias ciertas.

FRAY

—¿Cuáles son?

CANDIL

—El caballero ha muerto.



FRAY

—¡Muerto! ¡¡Muerto!!... ¡El caballero López ha muerto! (*Hace un movimiento para abrazar a CANDIL.* *CANDIL da un paso atrás*) ¿Estáis seguro?

CANDIL

—Como que cayó en poder del Capitán.

FRAY

—¡Amigo mío!... Excelente la noticia.

CANDIL

—¿Conque excelente? ¿Podemos tratarnos con confianza los dos, eh, vos y yo?

FRAY

—Escoged. O me servís ciegamente o tendréis que véroslas con el Señor Alférez... ¿Qué decís?

CANDIL.

—Poco a poco, padre... Antes de que dierais un grito os hubiera despachado al otro mundo: mirad este puñal. Estamos de potencia a potencia. Nos serviremos por igual, mutuamente, ¿eh?, con

fraternidad... Ambos lucharemos contra el Capitán y ambos nos aprovecharemos de la fortuna de Doña Luz. Vamos, nos conocemos. Don Juan ha muerto y la herencia irá a dar a vuestro convento, es decir, a vuestro bolsillo. Seremos grandes amigos.

FRAY

(Este hombre me conviene) —Señor Peñalva, empezad por devolverme mi camándula de oro; es un obsequio del Arzobispo; no está bien que se observen estas rapiñas entre amigos.

CANDIL

—Tomad, tomad; ya veis que soy consecuente.

FRAY (*hacia la calle*)

—Os detuve, Señor Alférez, para presentaros al caballero Don Alonso Peñalva; viene del Sur; es un valiente militar que ha luchado contra Bolívar. Guardadle vuestras consideraciones y honradle...

CANDIL

—Para mí es el honor, Señor Alférez. (Saludando hacia la calle) Vamos bien. Candil amigo. Este fraile



es una especie de tesoro.

FRAY (*aparte*)

—Yo sabré deshacerme de él oportunamente. Por ahora es preciso que dé esa noticia. Allí viene Doña Luz.

ESCENA XII

Dichos; Doña Luz, María

Doña Luz saluda a Candil y se dirige a él, quedando en segundo término. Fray Fabián, puesto a la mesa, primer término, saca la cartera y apunta .

Luz

—Sed bienvenido a mi casa. Traéis noticias de mi Juan.
Probablemente habéis hecho la guerra en las mismas filas.

CANDIL

—No ciertamente.

Luz

—Perdonadme. Estoy contenta y temerosa. Voy a saber de mi hijo y no me atrevo a preguntaros. Preparadme: no sabéis lo que es el corazón de una madre. Es mi hijo único...

FRAY (*aparte*)

—Por dicha.

CANDIL

—Vuestro hijo llegó al puerto en el bergantín *Valparaíso*.

Luz

—Dadme a besar vuestras manos. ¡Ha llegado. Gracias, Dios mío!

Padre, ¿lo oís? ¡María, mi Juan vuelve! ¡Llamad a los criados y a los esclavos: que vistan su vestido del domingo y que se apresten a recibir al dueño de la casa, al amo, a mi Juan!...

MARÍA

—Gracias, madre de Dios.



CANDIL

—Señora... *(Hablan CANDIL Y DOÑA LUZ. El FRAILE apunta, riéndose de una manera siniestra.)*

FRAY *(aparté)*

—"Ochocientos mil pesos: éxito seguro a consecuencia de las últimas noticias que llegan en este instante". *(Guárdase la cartera fríamente)*

Luz

—¡¡Ah!! ¡Qué horror! ¡Dios de los cielos! ¡Ha muerto, pues! ¡No! ¡No, no!...

CANDIL

—Ha muerto.

Luz

—Padre, ¿habéis oído? Es imposible. Repetídmelo. ¡Es imposible! ¡¡Es imposible!!...

FRAY

—Sabéis que Partideño es implacable, señora. Muchos de vuestra familia han perecido a sus manos.

Luz

—¡No, no es cierto! ¡Ah! ¡Decidme que habéis mentido. ¡Señor! ¡Señor!... ¡Dios mío! Pensar que él venía: que ya le iba a tener en mis brazos... Todos dejadme... Quiero estar sola. ¡Hijo, hijo mío! ¡¡Hijo mío!! *(Sollozando.)*

CANDIL

—Venid, reverendo.

FRAY

—Vamos, señor Peñalva. *(Vanse. MARÍA les sigue sollozando.)*

ESCENA XIII

Doña Luz, postrando y dirigiéndose a la imagen de la Virgen.

Las fuerzas que me restan son para pedirte socorro, Virgen María. Ten piedad de mí... ¡Ah! Maldita sea la hora en que le dejé escapar de entre mis brazos. ¿Qué me importan la España y el rey si ellos no han de devolverme a mi hijo? ¡No me mates



de dolor, madre mía!... ¡Ah! no me mates de dolor...

Yo iré a buscar las puertas del sepulcro. Haz, madre de Jesucristo, haz un milagro: devuélveme mi Juan. *(Avanza hacia la Virgen, caminando de rodillas tres pasos.)*

¡Sí, ella me lo devolverá: le haré un voto con toda mi alma, de manera que mi espíritu rompa las tinieblas de lo infinito y mi oración haga oír gemidos desgarradores en el centro de las eternidades! ¡Virgen, madre del Dios eterno, yo te juro que mi hijo irá a rus claustros a pasar el resto de su vida al pie de rus altares. Haz, señora, haz un milagro si lo puedes!... ¡Ah, ah, ah!
Devuélveme, devuélveme mi hijo...
¡Hijo! ¡¡¡Hijo del alma, ven!!!
(Se oye fuera un rumor prolongado de asombro.)

ESCENA XIV

Dichos, Don Juan aparece y se detiene a la puerta, con el mismo vestido que traía en el bosque, manchado de sangre; pálido. Doña Luz, que tiene inclinada la cabeza, la levanta súbitamente. Se contemplan con rapidez y se echan uno en brazos del otro

DOÑA LUZ

(Dando un grito, mezcla de terror y de inmensa alegría). —¡Hijo!

JUAN

*—¡Madre!
(Telón rápido)*

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO II

La misma decoración del cuadro anterior, la imagen de la Virgen ha desaparecido.

ESCENA I

En un sofá. Juan y María, abrazados, juntas las bocas.

Profundo silencio. Éxtasis

MARÍA

—Ya...

JUAN

—Alma...

MARÍA

—Ah... (*Suspira.*)

JUAN

—¿Me amas?
(*Silencio*)

MARÍA

—¿Sabes? Mientras tú estabas lejos, yo decía: él no se acordará de mí: con sus armas, sus combates, sus amigos, tal vez ni piensa en que hay una que daría por él toda su vida.

JUAN

—Estaba pensando...

MARÍA

—¿Qué?

JUAN

—¿Quieres ser mi esposa, María?... Ya siento haberte ofendido por no habértelo dicho antes.

MARÍA

—¿Y para qué? Sé que me amas: tú haces lo que tú quieres: yo sólo me callo.. Eres tú y eso me basta.

JUAN

—Has de ser mi esposa y pronto, voy a hablar con mi madre.



MARÍA

—Oh, no lo hagas...

JUAN

—Vacilo, ciertamente... Desde mi llegada, mi madre camina al sepulcro: me abrazó y enmudeció tres días. Me habla únicamente de su muerte próxima, de los peligros del mundo, de la santa vida de los claustros. Fray Fabián no se aparta de su lado. Mi madre me ve con tristeza. Casi he visto asomar a sus labios no sé qué secreto, qué propósito, qué ruego, que no se ha atrevido a decirme...

MARÍA

—Todo eso me da mucha tristeza. ¿Me amas, Juan?

JUAN

—Mucho. Te amo de una manera que no debiera amargar la duda...
¿Por qué desgracia el fondo de mi carácter es la vacilación y el fondo de mi alma, la incertidumbre?

MARÍA

—Tú no eras así antes. (*Llora.*) Dudas de mí... ¿Qué he hecho, pues?; yo no merezco que me digas esas cosas. Para eso has hecho ese viaje, para desconfiar de mí... ¡Oh, no! ¿Te acuerdas cómo empezó este amor? Era aquél un cuadro muy triste...

JUAN

—Yo era un niño aún; el recuerdo no se ha borrado aún de mi mente...

MARÍA

—Mi madre agonizaba... Los confesores se negaron a auxiliarla, moribunda. La nobleza la veía expirar como si en ello les fuese un bien incalculable. Entrar a aquel salón, ver aquellos cuadros en que semblante de los Mayén contemplaba extinguirse una raza maldecida, era para los señores de nuestra misma clase una impiedad que amurallaba su compasión y volvía sus desdenes implacables. Yo estaba sola.

JUAN

—Sí y de repente...



MARÍA

Te vi aparecer en la fúnebre estancia... te quedaste a la puerta, viéndome llorar y oyendo las quejas de mi madre que aceptaba inocente la maldición de los hombres...

JUAN

—Sí, tenía en sus manos un crucifijo. Yo vacilaba, quería volverme. Entonces tenía trece años.

MARÍA

—Y yo diez. Te habías escapado de esta casa: habías ido a verme, a ver a mi madre, a pesar de la prohibición de la tuya.

JUAN

—Y me vio tu madre y me dijo, ¿te acuerdas?...

MARÍA

—Dijo: “Tú eres un niño: tú eres el testigo que manda Dios para que digas al mundo que muero tranquila y no con la vergüenza de un réprobo”. Porque mi madre era buena, Juan...

JUAN

—Y entonces añadió, besándote en la frente: ¡Hija! ¡Pobre, pobre hija mía! huérfana y sola... Y tú respondiste: si no quedo sola, madre, que Juan me hará compañía mientras tú duermas... Y ella: Si mi sueño será eterno, hija: si es que queda sobre ti la maldición de los hombres...

MARÍA

—Y entonces tú, superior a tu edad, le hablaste como hombre y le dijiste: Yo no la dejaré nunca.

JUAN

—Y tú dijiste: él no me dejará mientras tú duermas. Y ella te vio con angustia terrible, diciéndote con desesperación: criatura desgraciada, empieza a sufrir, porque tu nombre es una sentencia de oprobio: sábelo, esta palidez de mi semblante y este fuego de mis ojos son porque viene mi muerte, ¿lo oyes? ¡Hija mía, hija mía!....

MARÍA

—Y yo sentí miedo, sentí su misma agonía dentro



de mi corazón,...

JUAN

—Y yo te abracé porque vi que tus cabellos se estremecían, crispándose.

MARÍA

—Y ambos nos acercamos al lecho.

JUAN

—Sí, tomados de las manos.

MARÍA

—Y llorando. Tú llorabas también.

JUAN

—Y tu madre hizo un esfuerzo y le hablaba al crucifijo. Queda sola, Señor, le decía; sola y aborrecida: es grande la maldad de los hombres y sus juicios construyen la fatalidad que pesa como un monte.

MARÍA

—Estaba ya fatigada.

JUAN

—Y yo, temeroso, le dije que no te separarías nunca de mi lado; cuando sea grande será mi mujer, le dije, porque hemos jugado juntos. Viviremos unidos para siempre.

MARÍA

—Para siempre, le dijiste, a pesar de que madre me lo prohibirá.

JUAN

—Y tu madre dijo, volviéndose a las alturas y pasando con su voluntad los límites de las estrellas:

Señor, son unos niños y mi desesperación quiere asirse a las esperanzas más insensatas. Niño, me dijo con solemnidad (*yo temblaba*), ¡niño! Piensa siempre en lo que me has ofrecido y que mi aliento se pase a tu corazón para que empieces desde luego a ser hombre... Y murió.

MARÍA

—Y murió. (*Pausa.*) ¡Ah! si has dicho que dudas de mí (*Solloza.*)



JUAN

—No, no de ti; dudo de mí mismo, de todo. ¡Cómo dudar de ti! Nuestra pasión nació ante una tumba que se abría. Y le amo tanto, de tal modo que he puesto en ti mi orgullo y lo más delicado de mi alma, que si no me amaras, con tu olvido vendría tu muerte.

MARIA

—Así te quiero, Juan.

JUAN

—Y si no te amara, con mi olvido vendría mi envilecimiento y despreciaría como un harapo mi conciencia.

MARÍA

—Juan, yo quiero que seas dichoso: no comprendo lo que dices, pero lo siento. ¿No te agradaría no padecer ninguna inquietud? Si no quieres que hable, callaré siempre: ¡no hablaré más que a ti y a tu madre! Si no quieres que vea, no veré a nadie, sólo a ti y a los cielos: me bastará encontrar tus ojos al levantar los míos. Quiero ver tranquilo tu corazón;

dichoso tu espíritu.

JUAN

—Sí, así te quiero, María; soy presa de un inmenso egoísmo que se llama amor: soy un avaro y tú eres mi tesoro: una sola de tus miradas que no sea para mí es un robo, un robo que se le hace a mi codicioso corazón.

MARÍA

—Te amo...

JUAN

—Iré donde mi madre... Le hablare; eso ha de ser pronto: abrázame, dame un beso; de ese modo sentiré en mí cierta fuerza, cierta virtud, que hará que mi madre vea mi petición como santa... Te amo.

MARÍA

—¡Te amo!

(Échanse el uno en brazos del otro; antes de que se boyan juntado, DOÑA LUZ se interpone y los separa con severidad.)



ESCENA II

Dichos; Doña Luz

Luz

—¿Qué hacéis?... ¡Desgraciados!

JUAN

—Madre...

MARÍA

—Señora...

JUAN

—La amo, señora; iba a hablaros en estos momentos...

Luz

—Silencio. Déjanos, María.

MARÍA

—Perdonadme, señora...

Luz

—María, es preciso que abandones esta casa.

JUAN

—¡Madre!...

Luz

—Mala estrella ha guiado siempre a los de tu casa, María, y no quiero que tu suerte arrastre consigo la de Juan.

JUAN

—No digáis nada a María, señora...

Luz

—¡Señora!... Esa palabra, Juan, es una protesta; bajo el velo del respeto escudas tu resentimiento. Soy tu madre: aquí, en mis brazos. Ahora, oídme. María Mayén de Rueda... un apellido fatal ha heredado esa mujer a quien amas imprudente. Silencio.

(Movimiento de MARÍA y JUAN.)



No quiero repetir lo que la gratitud me adeuda, María... Eras una huérfana; yo supliqué, a ruegos de Juan, a los religiosos que me permitieran educarte piadosamente y apartarte de la tradición espantosa que condena tu nombre. Esto ha sido imposible... Si amas a mi hijo, ámale con el olvido. No negaré la nobleza de tu nombre. Pedro Mayén de Rueda, uno de tus antepasados, fue Presidente de la Real Audiencia. Desde su gabinete, atestado de pergaminos y viejos libros, de retortas, esqueletos y manojos de yerbas misteriosas, imponía a la nobleza y a los religiosos su voluntad de hierro y sus designios impíos. Cierta vez, una joven se quejó ante él porque un voto sagrado le había separado de su prometido, que llevaba ya el santo hábito de los dominicanos... El caballero Mayén, a quien de tiempo atrás venía designando Guatemala culpable de mantener comercio con los malos espíritus y de cultivar artes vedadas, prestó fáciles oídos a las quejas de la joven, inspirada quizás por el demonio. Fuese al convento y pidió la libertad del novicio. Halló resistencia en el Reverendo padre Salcedo, Prior de la comunidad, y ciego de furor, puso la mano sacrílegamente en el rostro venerable del religioso, llevándose al novicio

con ruidosísimo escándalo. Mayén de Rueda fue excomulgado y depuesto de la Presidencia huyó al monte, donde se alimentaba de yerbas, huraño y misántropo, habitando una caverna como animalía salvaje, siempre con sus libros y sus diabólicos aparatos. Díjose con el tiempo que Don Pedro había sido un morisco por parte de madre y un judío por parte de padre, lo que hizo doblemente odiosos su nombre y su descendencia. El odio público ha señalado a sus hijos: tus padres, María, vinieron a San Miguel huyendo la maldición que dos siglos no han atenuado, y tú, que lo sabes, permanece retraída porque también aquí se conoce esa historia y la fe de la sociedad ve siempre en tus venas la sangre de los Mayén de Rueda. La piedad de la casa de los López me salva de toda sospecha, porque te he recogido y no es poco lo que al servirte de protectora he tenido que sacrificar a mis escrúpulos religiosos. Esto hicieron tus suplicas. Juan. Quizás desde entonces preparabas a tu madre este conflicto... ¿Acaso he dado abrigo a la huérfana para que ella me desgarre el seno transformada en serpiente?



MARÍA

—¡Dios mío! Basta, señora...

LUZ

—¡Oh! Aunque tú pudieras escoger una esposa, mi Juan, no sería en ella en quien podrías fijar tus deseos.

JUAN

—¡Madre, qué me importa esa historia! Yo la amo...

LUZ

—Calla, insensato...María. (*Señalándole la puerta*).

ESCENA III

Doña Luz, Juan

Luz

—Ha seis meses que llegaste. Mil veces he querido revelarte un secreto. Ha llegado la hora de hacerlo.

JUAN

—Os oigo, madre mía.

Luz

—Tú has sido un buen hijo; amas a Dios, Juan, y podrías sacrificarle todas las vanas pasiones de la tierra.

JUAN

—No os comprendo.

Luz

—Oye. Cuando vinieron a decirme que quedabas muerto en el camino, habría dado mi vida por volver a estrecharte entre mis brazos.

Tú no sabes cómo puede ser el amor de una madre. Entonces levanté a Dios mi corazón: estaba loca de dolor. Juré a mi madre de Dios que si te volvía a ver en mis brazos, tú trías a pasar la vida al pie de sus altares, que serías religioso; ella consumó el milagro.

JUAN (*CON DOLOR*)

—María...



Luz

—Óyeme. Soy tu madre. Los cariños de la tierra pasan y nos dejan amarguras: todo lo que sueñas, la felicidad que persigues, la dicha que anhelas, todo es mentira sobre la tierra. Pronto habrás olvidado ese amor insensato, habrás elevado a Dios tu espíritu y habrás salvado mi alma y la tuya.

JUAN

—¿Qué hicisteis, madre? Creo, señora, creo al oíros hablar de esa manera, que no soy ya el mismo... Muchas de las oraciones que aprendí de mi nodriza se han borrado de mi memoria y, en cambio, me aturden todavía los himnos a cuyo compás cargábamos enfurecidos sobre los llaneros que se venían al encuentro a través de las pampas como una legión de demonios.

Luz

—Juan! ¡Es mi Juan el que así habla!...

JUAN

—Vuestro voto es un delirio. Yo ambicioné volar al campo de batalla, blandir mi acero, derramando la

sangre ajena y la mía por la religión de mis mayores, por mi rey y por la España. Mi fantasía me ha llevado a aquellos tiempos heroicos, a la España de ha tres siglos, y me he imaginado discurrir abriéndome camino por entre masas de infieles, postrándolos por la Cruz y la bandera de Castilla... Qué dolor no he sentido al verme en un rincón de la Colonia, donde apenas se repite el nombre de ese rey cuyo poder se desvanece como un sueño... ¡Morir por mi rey, por mi patria, por mi Dios! Esa fue mi ambición. Confundirme en un coro de frailes, rezar y entonar por la noche los maitines... Madre, os repito que eso es imposible. Me proponéis que abandone a María... ¿Cómo pudiera convencerlos de que eso no sucederá nunca?...

LUZ

—Desdichado, ¿y mí juramento?

JUAN

—No os escucho.

Luz

—A Dios le debes la vida: Él puede confundirte así



como hizo por tí un milagro.

JUAN

—Yo tenía mi espada en la diestra, madre. Luché, luché con el bandido de una manera desesperada. Él era tan fuerte y tan diestro como yo. Recorrimos gran trecho del monte, haciendo chocar nuestras espadas. Jadeantes, rendidos, extenuados, chorreando sangre por nuestras heridas, su espada buscaba aún mi cuello y mi espada buscaba aún su corazón. De pronto se paró y me dijo: López, eres valiente; no hemos podido matarnos. Algún peligro me amenaza quizás, pues que por primera vez he perdonado a un noble; tal vez tu madre esté rezando por ti la más ferviente de sus oraciones. Vuelve a sus brazos, dile que Dios ha escuchado sus súplicas y que el bandido Partideño suele obedecer a los designios de Dios.

Luz

—¿Lo oyes, lo oyes? Ese hombre, esclavo de Satanás, él mismo comprendió la intervención del cielo.

JUAN

—Él generoso y yo valiente, madre...

Luz

—¡Silencio! ¡Quieres negar tu agradecimiento a la protección que nos viene de lo alto! Juan, entrarás al convento de franciscanos.

JUAN

—Nunca, madre.

Luz

—¿Qué dice? Ese que habla no es él, no es mi hijo.

JUAN

—Os digo que nunca...

Luz

—Hijo, soy yo quien te habla: me amas todavía, ¿no es verdad?

JUAN

—Me hacéis sufrir mucho, señora: ¡compasión!



Luz

—Oyeme, te lo ruego...

JUAN

—¡Jamás! (*Vase.*)

ESCENA IV

Doña Luz

—Me deja. ¡Para esto he llorado por ti! ¡Para esto he sufrido largos insomnios y perdido la mitad de mi vida! ¡Una mujer, cualquiera que sea, embarga su cariño y le hace despreciar las súplicas de su madre! Hijo...

ESCENA V

Doña Luz; Fray Fabián, Candil

CANDIL

—Señora...

Luz

—Señor Gobernador... Padre, la Virgen os guarde.

FRAY

—Ella sea en esta casa. ¿Habéis hablado a vuestro hijo?

LUZ

—Sí, padre.

FRAY

—Por fin, ¿ira al convento? Demos gracias a nuestra patrona, la Virgen de la Paz...

LUZ

—Es que... (*Aparte*) ¿Cómo decirle? ¿Qué dirá al hallar tanta impiedad en mi casa, en mi hijo?...

—Padre, Don Juan se niega a cumplir el voto hecho por su madre... Tened compasión de mi.

FRAY

—¡Sacrilegio!



Luz

—¡Oh, yo voy a volverme loca!

FRAY

—Animo, señora: suplicadle, rogadle... (*Aparte.*)

Más fácilmente se escapa de las manos de Partideño que de las mías, Señor López.

—¿Qué puede impedirle?

Luz

—Ama a una mujer...

FRAY

—María Mayén de Rueda... ¿Esa joven permanece en esta casa?

Luz

—Ella es, padre, tenéis razón: perdonadme...

FRAY

—El amor a una mujer es el infierno para él y para su madre.

Luz

—Oh Dios mío... (*Solloza y le sobreviene un acceso febril.*) Es horrible... Oh Reina de los Ángeles, ¿quién os ha contado que mi Juan me condena? Dejadme en paz, Señora: afirmo que no he dado motivo para que me entreguéis al demonio...

ESCENA VI

Dichos, María, Juan

Luz

—Vienen juntos. Ella es como todos los de su familia; ella hechiza a mi Juan. Sacad esa mujer de mi casa.

FRAY

—Hija, procura abandonar esta casa.

Luz

—Señor Gobernador, sacadla: ella nos pierde.



CANDIL

—Vais a dejar esta casa al instante.

MARÍA

—¡Oh! A dónde iré... Yo no os hago nada.

CANDIL

—Al instante... *(Da un paso hacia MARÍA, JUAN se interpone.)*

JUAN

—Creed, Señor Gobernador, que un paso más puede hacer que dejéis el alma entre mis manos. ¡Atrás! Madre, venimos a deciros adiós.

Luz

—La defiende... Ella le arrastra; ella le ciega... ¡Echadla, arrojadla!

JUAN

—Madre, adiós. Arrojáis a María y ya os he dicho que ella es mi vida, es mi alma. Cuando era todavía un niño, vi, una tarde, expirar a una mujer abandonada y escarnecida, dejando a su hija

huérfana y sin amparo en la tierra. Entonces, sabedlo, hice un juramento que resuena todavía en mi corazón. Juré amparar a María mientras viviera: aquel juramento, madre, fue bien anterior al vuestro.

FRAY

—Profiere impiedades.

CANDIL.

—Impiedades.

Luz

—Oh, ¿qué haces? ,Por Dios! ¿Qué haces?

JUAN

—No le queda más que yo en el mundo: yo le servire de servire de amparo. Adiós. *(Toma la mano a MARÍA y la lleva bada la puerta.)*

Luz

—La hechicera... Me roba mi hijo, por ella nos condenamos todos... Yo le arrancaré la vida... *(Se echa sobre MARÍA, a quien JUAN escuda*



interponiéndose.) Aparta, hijo soberbio, aparta... Ah...

JUAN

—Madre, madre...

Luz

—Me matas... Esa mujer me roba mi hijo... Aparta... (*JUAN tiene que oponerle resistencia.*) ¡Pones las manos en tu madre!, hijo ingrato... ¡Aparta! (*Con delirio de soberbia*) ¡Ah! (*Se desmaya.*)

JUAN

—Está casi loca, María; perdona a mi madre. Cuando vuelva en sí verás que no te aborrece.

MARÍA

—Soy muy desgraciada...

JUAN

—Ven, ayúdame a llevarla. Cuídala. Despertará y te ha de ver a su lado; comprenderá que la amas... Quizás llore arrepentida... (*Vanse JUAN y MARÍA sosteniendo a DOÑA LUZ.*)

ESCENA VII

Fray Fabián, Candil

FRAY

—El testamento de Doña Luz hacía su heredero universal al convento, caso de la muerte de su hijo en la guerra. Ahora ha sido reformado por un codicilo que favorece al convento en el caso de que el Señor Donjuán López renuncie al mundo por el claustro... No murió en la guerra y no quiere hacerse religioso.

CANDIL

—Es un carácter tenaz... Con todo, el Prior y el Gobernador se saldrán con la suya al fin y al cabo. Tengo en vos toda esa esperanza. Cómo se hará eso, no sé. Porque, al fin, el Señor López no es un cualquier cosa.

FRAY

—Se hará.

CANDIL

—¿Cómo? ¿Pero cómo?



FRAY

—Por medio del milagro.

CANDIL

—¡Milagro! No comprendo.

FRAY

—El Caballero López había muerto...

CANDIL

—¡Muerto! ¡Pardiezí ¿Es un gato por ventura para tener siete vidas? Pensar que todo iba bien. Si él hubiera muerto realmente, mi Señora Doña Luz se marcha al cementerio y he allí la fortuna que nos llega sin complicaciones ni milagros. Pero he aquí que cuando menos se espera el Señor Don Juan se presenta chorreando sangre. Son ridiculeces.

FRAY

—Lo que no sabéis es que por auxilio de las ánimas benditas en el momento en que llegaba, la Señora Doña Luz acababa de hacer un voto, un juramento...

CANDIL

—¿Cuál?

FRAY

—Que si Don Juan volvía entraría a un convento.
Don Juan volvió.

CANDIL

—Famoso. ¿Y cómo lo sabéis?

FRAY

—Eso no se pregunta, Señor Gobernador.

CANDIL

—¡Ah! Es verdad que sois confesor...

FRAY

—Silencio.

CANDIL.

—Qué tiene eso. Contádmelo todo. ¡Pardiez!, ¿hay para ello algún castigo?



FRAY

—Antiguamente se le cortaba la lengua al que revelaba un secreto de confesionario. Pero, a veces, cuando es para mayor gloria de Dios...

CANDIL

—Y mía, todo se puede.

FRAY (*aparte*)

—Urge que Don Juan cumpla ese voto para deshacerme de este picaro.

CANDIL (*aparte*)

—Se me ocurre que este buen fraile no necesita de tanto dinero como es la fortuna de los López. Cuando llego al convento le hallo durmiendo sobre las arcas, envuelto en inmundo jergón. Duerme boca abajo, los brazos extendidos, como abrazando ese tesoro que él guarda allí con siete llaves, cada una como llave de carcelero. No duerme; el tesoro sobre el que está echado como un puerco, le produce insomnios. En el convento mantiene el hambre a fuerza de limosnas que le dan las buenas mujeres: no gasta un ochavo, pero cuando le favorece Doña Luz con su mesa, el

santo padre se harta como una fiera. Siempre me ha parecido que ese oro debiera de ser mío.

FRAY (*aparte*)

—Siempre fue mala compañía la de los picaros. Ya me inquieta haberme fiado tanto del amigo Peñalva. Yo hice que le nombraran Gobernador y yo haré que le ahorquen. He enviado ciertas diligencias a Guatemala; lo malo sería que viniesen las órdenes pedidas antes de que muriera Doña Luz y de que el Señor Gobernador haya deshecho y exterminado a Partideño y su cuadrilla. Se me ha dicho que el Visitador que va a llegar, con facultades para ingerirse en todo asunto civil, militar y eclesiástico, es un religioso. Yo me entenderé con él: Peñalva desaparecerá cuando ya me sea inútil.

CANDIL (*aparte*)

—Estoy resuelto: creo una cosa redundante que ese Fray sea tan rico y voy a jugarle una mala partida.

FRAY

—¿En qué pensáis, Señor Gobernador?



CANDIL

—¿Yo? En el diablo. ¿Y vos, padre?

FRAY

—Yo, en Dios,

CANDIL

—Pues pensábamos en la misma cosa.

CANDIL

—Sí, vuestro Dios es igual a mi demonio.

FRAY

—Estáis diciendo una impiedad.

CANDIL

—Nada de eso. Además, tenemos la ventaja de que los dos nos ayuden, a vos el uno y a mí el otro. Sois un pícaro que ayuna y os conviene vuestro Dios.

FRAY

—¿Señor Gobernador!...

CANDIL

—Y yo soy un malvado alegre: me conviene

Satanás.

FRAY

—Recordad que me lo debéis todo.

CANDIL

—Sabéis que os lo paso a agradecer. (*Pausa.*)

FRAY

—Señor Peñalva, llega un Visitador.

CANDIL

—¿De Méjico?

FRAY

—No; viene de la misma España y trae su nombramiento firmado por el mismo rey. Trae facultades omnímodas, y como la revolución se ha levantado en Méjico, Nueva Granada, Venezuela y hay muchos descontentos en Guatemala y El Salvador, dispone de todo y se ingiere en todo: va a hacer un gran contrapeso a los rebeldes.



CANDIL

—Habrán nombrado a un militar muy valiente.

FRAY

—No, es un religioso.

CANDIL

—Es mejor. ¿Sabéis su nombre?

FRAY

—El Reverendo Fray Pedro Góchez; candidato al Obispado de Chiapas, hoy vacante. Ha hecho morir en Méjico y Guatemala a una muchedumbre de enemigos: es un religioso terrible y en América le llaman el segundo Cisneros. Los rebeldes de la América del Sur tienen que esperar muchos males de ese religioso.

CANDIL

—¿Y se detendrá en San Miguel?

FRAY

—Unos días. Aquí también hay espíritus descontentos. El Visitador es la autoridad real en

otra persona. Fray Pedro Góchez tiene a sus órdenes al presentarse a los presidentes de las Reales Audiencias, al presidente del Consejo de Indias y a los virreyes de Méjico y del Perú. Se embarcará en La Unión y tomará rumbo hacia el Sur. Doblad vuestros esfuerzos porque al llegar el Visitador haya desaparecido la cuadrilla de Partideño, porque es severo y podría castigar vuestra incuria.

CANDIL

—Quince veces ha sido atacada la cuadrilla y siempre han sido derrotadas las escoltas.

FRAY

—Debierais hacerlo en persona.

CANDIL (*aparte*)

—¡Cuánto me quiere el Reverendo! —Ya lo he hecho. El Capitán es valeroso, no puedo negarlo. Duerme en el suelo, come poco; cuando no se bate, lee en unos libros renegados que dice que hacen su único placer en la tierra. Es audaz y astuto. Sus filas se engruesan diariamente: trabajadores descontentos, jornaleros mal pagados dejan las



haciendas y se unen a la cuadrilla. Ayer han huido quince esclavos y han corrido a agregársele... ¿Insistís en abandonar a San Miguel?

FRAY

—Sí, pronto. Sólo aguardo arreglar este asunto. El Visitador pondrá remedio a muchas cosas.

CANDIL

—¿Teméis a Partideño? No sentirá más miedo el Caballero Ursino que hace veinte años ha desaparecido sólo por el terror que le inspira el Capitán.

FRAY

—¡Ursino?... ¿Habéis oído hablar de Ursino?

CANDIL

—¿Pero qué tenéis, padre? Es extraño. Sí, el Capitán ha hablado algunas veces del Caballero Ursino, cuya muerte es su más fiera esperanza.

FRAY

—Pues es preciso que crea que Ursino ha muerto...
(*Exaltado.*)

Decídselo, hacédselo creer.

CANDIL

—Sabéis que no tengo el gusto de hablar con él:
Dios me libre.

FRAY (*aparte*)

—Yo creí que había desaparecido ese nombre para
siempre y que ningún labio humano lo repetía...

CANDIL (*aparte*)

—¡Cómo se turba, cómo ha enloquecido al oír ese
nombre'. Luego, ese interés que le aguija porque
muera el Capitán...

—Partideño parece que empezó por tomar una larga
venganza en los hermanos y parientes y en el padre
de Ursino...

FRAY (*arrebataado*)

—Si, horrible, horrible, muy horrible.



CANDIL (*aparte*)

—La impresión que le hacen mis palabras es tremenda. Este hombre es el seductor de la mujer del Capitán. Ay de él si cayera en sus manos. — Vamos, os conmovéis sin motivo...

FRAY

—Me conmuevo... Si no me conmuevo... vaya... (*Se ríe*) Qué me importa la historia del Capitán ni la de Ursino... No les conozco siquiera. (*Quédase pensativo*)

CANDIL (*aparte*)

—Hace tiempo que alimentaba esa sospecha. — Probable es que mis cien hombres le hayan dado una recia batida a la cuadrilla, ayer noche.

FRAY

—¿No tenéis noticias?

CANDIL

—Las espero.

ESCENA VIII

Dichos, un Notario

NOTARIO

—Buenas nuevas, Señor Gobernador. Ha sido derrotada la cuadrilla de Partideño...

FRAY

—¡Qué oigo!

CANDIL

—¡Hablad pronto!

NOTARIO

—Esperamos la llegada de la escolta que ha hecho tal proeza. (*Al ver a FRAY FABIÁN.*) He allí a un santo. Reverendo, dejadme besar vuestras manos. Se dice que por vuestras oraciones y por vuestra santidad el Caballero López ha vuelto a San Miguel, después de haber muerto. Habéis hecho como Fray Diego de la Cerda, mercedario de Guatemala: hallándose en Constantinopla resucitó un muerto, lo cual convirtió al catolicismo cuatro bajás y nueve jenízaros, el Sultán mandó atar a Fray Diego a cuatro potros...



FRAY

—Lo sé, Señor secretario... Decíais que la cuadrilla...

NOTARIO

—Comprendo que para gloria de Dios querríais correr el mismo peligro... La gentes no se ocupan de otra cosa.

FRAY

—¿De atarme a cuatro potros?

NOTARIO

—Del milagro, Reverendo, del milagro.

CANDIL

—¡Acabaréis de charlar!... Decíais que las escoltas...

NOTARIO

—Han derrotado la gavilla y apresado quizás al más importante de esos malhechores...

CANDIL

—¿Al Capitán?

FRAY

—¿Al Partideño?

NOTARIO

—Quizás, tal vez... Sí, a Partideño.

FRAY

—Excelente, Señor Gobernador, excelente. Haced que le ejecuten al llegar a esa ventana... Que se haga eso pronto, muy pronto... (*Gritos dentro.*)

CANDIL

—¿Qué sucede?

NOTARIO

—Es que llega la escolta y el prisionero. (*Por la ventana*) Traed al bandido, señor militar.

FRAY

—¿Vendrá encadenado y con grillos?

NOTARIO

—Como si fuera un tigre.



CANDO, y el FRAY

—¡Veámosle! *(Se dirigen a la ventana y ven hacia la calle.)*

CANDIL

—¿Dónde está el reo?

NOTARIO

—Di orden para que le traigan a vuestra presencia.
Se oye ruido en las galerías. Vienen.

FRAY *(aparte)*

—Está encadenado y tiemblo.

CANDIL

—Esta vez, Capitán, tus correrías han concluido.

ESCENA IX

Dichos; Sabino, encadenado; Soldados

CANDIL

—¡Cómo! ¡Es un niño! ¡Con mil demonios!... ¡Me

Vías burlado imbécil!...

NOTARIO

—Imbécil... No me digáis imbécil, Señor Gobernador...

CANDIL

—¿Cuál es tu nombre?

SABINO

—Sabino.

CANDIL

—¿Eres ladrón?

SABINO

—No lo soy.

CANDIL

—¿Qué hacías en la gavilla de Partideño?

SABINO

—Buscaba a un hombre.



CANDIL

—¿Para qué?

SABINO

—Para matarle.

CANDIL

—Tú...

SABINO

—El Capitán me había ofrecido matarle con su propia mano

CANDIL

—¿Cómo se llama ese hombre?

SABINO

—Se llama Candil.

CANDIL

—¿Eh?

SABINO

—¿Le conocéis por ventura?

CANDIL

—¡No! ¿Persistes en la idea de matarle?

SABINO

—Donde le encuentre.

CANDIL

—¡Ola! Llevadle. Que sea vigilado. (*Aparte.*) Bueno será deshacernos de ese muchacho.

ESCENA X

Candil; el Fray, Juan

JUAN

—¿Qué sucede? ¡Ah! Ese pobre muchacho ha caldo en poder de la justicia.

SABINO

—Interceded por mí, Señor Don Juan; yo os vi la noche aquella.



JUAN

—Sí: yo os digo que la noche de mi llegada este niño acababa de agregarse a la cuadrilla; tiene un corazón honrado y lleno de bravura.

SABINO

—Soltadme, Señor Gobernador; os aseguro que yo no hago mal a nadie: buscaré solamente a ese hombre llamado Candil, para darle muerte; vos mismo me daréis quinientos pesos, porque es de los de la banda y está a precio su cabeza.

FRAY

—No sería prudente soltarle.

CANDIL

—Llevadle... No se le hará mal, Señor Don Juan. Os dejo, padre: precisa aprovechar a este muchacho para que el Capitán caiga en un lazo.

FRAY

—Id. Yo no me apartaré de esta casa. (*Vanse juntos hablando.*)

ESCENA XI

Juan; María

MARÍA

—¡Un niño! Pobre criatura.

JUAN

—¿Se ha dormido mi madre?

MARÍA

—¡Sí, pero su sueño es tan angustioso!; me vio con reproche; cerró los ojos por no verme... La cólera de tu madre me da miedo. Juan, no debemos amarnos.

JUAN

—Eso es imposible.

MARÍA

—Ni una palabra más, Juan; entre tu madre y yo no vaciles. Yo voy a dejar esta casa. No sé, no quiero saber el motivo de mi desgracia. De todos modos, olvídame.



JUAN

—¿¡Y mi juramento!?

MARÍA

—¿No hay nada más poderoso que él?

JUAN (*aparte*)

—¡Ah! El de mi madre... —¿Y mi corazón, María? María, eso es imposible. Tú ya no me amas.

MARÍA

—Juan, si también yo tengo uno; pero tu madre, otro...

JUAN

—Nunca, es que no puedo... Mi madre se ha levantado.

ESCENA XII

Dichos; Doña Luz, pálida, se adelanta silenciosa y febril. María y Juan se separan. Hay un momento de silencio. Doña Luz habla con una calma que revela el esfuerzo que la sostiene.

LUZ

—En otro tiempo, Juan, los hijos no hacían mesarse los cabellos a sus ancianos padres; lleno el pecho de fe y de sentimiento religioso, no vacilaron en ofrecer a Dios el sacrificio de sus pasiones mundanas; hoy tocamos a la agonía de las antiguas costumbres. Los súbditos se vuelven contra el rey. Los hijos se vuelven contra los padres y las criaturas se vuelven contra Dios. Mis antepasados cultivaron el honor y la obediencia, la fe y la abnegación. Este legado va conmigo al sepulcro. No puedo transmitírtelo: no lo aceptas. Voy a desaparecer viendo desde una remotísima colonia extinguirse las grandes y las pequeñas virtudes que sembró nuestra España: la lealtad, el respeto a las tradiciones de la familia, el amor filial y la santa fe religiosa. Parecía que al desvanecerse estas cosas sublimes, la providencia



hubiera querido, ligándote al cumplimiento de un voto sagrado, hacer que el último de aquellos López que durante muchos siglos murieron por su rey y por su Dios, desapareciera del mundo para ir a bendecir al cielo y a orar por una raza próxima a extinguirse, cuyas últimas gotas de sangre le consagrarías en tus venas y se consumirían en tu sepulcro. Juan, quiero aún suplicarte.

JUAN

—¡Madre!

Luz

—Hijo, un incendio secreto consume los últimos restos de mi vida. Ya siento ahogarse mi voz y vacilar mis fuerzas. He hecho mi confesión y aún no he recibido el cuerpo de Cristo en mis labios porque tengo una deuda con el cielo.

JUAN

—María, vete o no tendré valor...

Luz

—Quédate, María; quiero bajar al sepulcro

sabiendo lo que por una madre puede hacer el corazón de un hijo. Juan, hasta hoy te he pedido, te he suplicado: juzgue fácil tu bondad y no medí la fuerza de estas inclinaciones que yo ignoraba. Ahora te ordeno. Quiero que cumplas ese voto.

JUAN

—Madre, es imposible...

LUZ

—¡Mírame, hijo! (*Se arrodilla*) Estoy ante mi hijo de rodillas.

JUAN

—¡Madre mía!

LUZ

—¡No te acerques, cruel! ¡Desgraciada la mujer que se arrodilla ante su hijo! (*Solloza.*) Te suplico: ya basta de terrores... ¡Oyeme! Soy buena cristiana y solamente por ti me hallo temblando ante las puertas del sepulcro: ¡le tengo miedo a la muerte porque tú eres impío!... Debiera estar en la cama,



atenta a mi agonía: tener un Cristo entre mis manos y una oración entre mis labios. ¡Tu sacrilega desobediencia me sujeta aún al mundo!... ¡Me parece que al faltar a ese voto he faltado al honor para con Dios, que he estafado los favores del cielo, y que voy a pasar insolvente por el sepulcro para ir por la eternidad con mi vergüenza inacabable!

JUAN

—¡Esto es horrible! María, vete... Levantaos, madre, por piedad.

Luz (*a MARÍA*)

—Allí: ¡obedéceme!... ¡Una madre arrodillada ante un hijo soberbio quizás no se levante sino para maldecirlo!... A esa desgracia, Juan, ninguna es comparable. ¡Antes de sufrir la afrenta de levantarme sin que tú oigas mis súplicas, pido al cielo que a tus mismos pies me llegue la muerte como un rayo y que hiele el rubor de mi vergüenza la palidez del cadáver!

JUAN

¡Horrible congoja!...

LUZ

—¡Antes que levantarme querría eternizar mi cuerpo de rodillas y quedarme clavada en la tierra hasta conmover tus entrañas o alcanzar de los cielos tu perdón! ¡Hijo, responde!... ¡¡Responde!!

(JUAN va a hablar: vuelve la vista hacia MARÍA y se encuentra con sus miradas. DOÑA LUZ ha seguido con ansiedad febril las vacilaciones de JUAN.)

JUAN

—Nunca.

Luz

—¡¡¡Ah!!! *(Grito de muerte. DOÑA LUZ cae presa de una sorda agonía sin convulsiones.)*

MARÍA

—¿Juan, qué has hecho?... *(Se arrodilla junto a DOÑA LUZ y se inclina sobre ella.)*

JUAN *(arrodillándose desesperado)*

—¡Madre! ¡Oh! ¡Quién pudiera hacer llegar la voz



hasta las entrañas de la muerte! ¡Oídmme, señora!
¡Haré lo que me pidáis. Pero oídmme! Yo os juro,
madre mía, os juro obedeceros ciegamente;
cumpliré ese voto terrible. Pero oídmme, miradme...

(FRAY FABIÁN aparece por el fondo. DOÑA LUZ ha levantado penosamente la cabeza, moribunda; se apoya en los brazos para oír las últimas palabras, como con un esfuerzo sobrehumano y dice con voz ahogada y profunda:)

LUZ

—Dios lo ha oído. *(Se desploma.)*

ESCENA VIII

Dichos; Fray Fabián

MARÍA

—¡Ah! Ha muerto. *(Solloza y se inclina sobre el cadáver. JUAN permanece aterrado dolorosamente. FRAY FABIÁN se adelanta silencioso y siniestro y pone la mano en el brazo de JUAN.)*

FRAY

—Ven.

JUAN (*Saliendo de su estupor*)

—¿A dónde?

FRAY (*Señalando el cadáver*)

¡Al claustro! (*Le arrastra consigo. Telón*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO III

Calle

ESCENA I

PARTIDEÑO

—¿Cómo es el nombre del Señor Visitador? Consta en la carta. Los revolucionarios de Guatemala me dicen que muchos de ellos han sido torturados y enviados a los castillos. Que el Señor Visitador puede hacer mucho mal a los rebeldes del Sur y que a él se debe el aborto de las conspiraciones que fermentaban en Centro América. ¿Cuál es el nombre de ese gran Señor? *(Viendo la carta)* El Reverendo Fray Pedro Góchez. Requiescat in pace. Viene gente. *(Se emboza)*

ESCENA II

Partideño, Fray Fabián, Candil.
Partideño se retira al fondo y entran por un lado
Fray Fabián y por otro Candil.

FRAY

—Señor Gobernador.

CANDIL

—Reverendo.

FRAY

—¿Qué se dice de Partideño?

CANDIL

—Que ha desaparecido. Han cesado los robos. Con todo, se le persigue activamente desde el Goascorán hasta el Lempa.

FRAY

—La fortuna de Doña Luz está depositada en vuestra casa.



CANDIL

—¿Y Don Juan?

FRAY

—En el convento. ¿Y Sabino?

CANDIL

—En capilla.

(Cada uno sigue su camino.)

ESCENA III

PARTIDEÑO; *después Bandidos*

—Muy bien, señores. Probable es que cada uno quiera la presa por completo. No se han dignado esas gentes apartar la ración del Capitán.

(Entran dos Bandidos.)

—¿Tú has dormido en el atrio de San Francisco?

BANDIDO 1°

—Sí.

PARTIDEÑO

—Y tú en el portal del Cabildo. ¿Pediste permiso al centinela para pasar allí la noche?

BANDIDO 2°

—Sí.

PARTIDEÑO

—¿Pudiste penetrar y hablar con Sabino?

BANDIDO 2°

—No, Capitán.

(Entran dos Bandidos más.)

PARTIDEÑO

—¿Venís del cantino de Moncagua?

BANDIDO 3°

—Sí.

PARTIDEÑO

—¿Os apoderasteis del Visitador?



BANDIDO 3º

—Sí.

PARTIDEÑO

—¿Traía comitiva?

BANDIDO 3º

—Un criado.

PARTIDEÑO

—No gastaba ceremonias. Más vale. ¿Qué hicisteis del Visitador?

BANDIDO 3º

—Lo que ordenó el Capitán: le dimos muerte.

PARTIDEÑO

—¿Y del criado?

BANDIDO 3º

—El criado hirió a uno de los nuestros: fuerza fue matarle como al amo.

PARTIDEÑO

—Esto va a sonar hasta en España. ¿Le quitasteis unos pliegos que traía consigo el Señor Visitador?

BANDIDO 3°

—Vedles.

PARTIDEÑO

—Da... Títulos del Visitador. Que de Oíos goce. Por ahora, iréis a arrojar este billete a la ventana del Señor Gobernador, nuestro antiguo camarada Candil. Comprenderéis que esto ha de ser con cuidado, porque su excelencia tiene el honor de conocernos. Y tú, este otro billete a la portería del convento de San Francisco. Mucho cuidado.

BANDIDO 1°

—Iré rezando, mi Capitán.

PARTIDEÑO

—Y vosotros a decir a los camaradas que el golpe ha de empezar en casa del Señor Gobernador. Este asunto y el de Sabino nos detienen solamente en San Miguel. Después, a dar a Guatemala. (*Óyese un*



redoble.) Marchaos.

BANDIDOS

—¡La patrulla! Se queda el Capitán. (*Dispérsanse. Entran el NOTARIO, Soldados, Pueblo.*)

ESCENA IV

Partideño, Notario, Soldados, &

PARTIDEÑO (*aparte*)

—¿Qué será?: veamos. ¡Ola! Parece que tenemos bando.

NOTARIO

—“La Capitanía General de Guatemala, de acuerdo con la Real Audiencia y a nombre del rey, pone a precio por el presente bando... (*El NOTARIO farfulla: risas en el pueblo.*) Pone a precio...

PARTIDEÑO

—Adelante.

NOTARIO

—Pone a precio por el presente bando”. (*Se le caen los anteojos. Pueblo se ríe.*)

VOCES

—Adelante. (*Risas. El NOTARIO quiere leer y tartamudea.*)

PARTIDEÑO

—Eché acá ese papel, abuelo.

NOTARIO

—Orden, orden.

UNA VOZ

—Que lea otro.

PARTIDEÑO

—Eche acá, viejo cuervo, y cobre los honorarios.

UNA VOZ

—Muy bien.



PARTIDEÑO

—“Pone a precio, por el presente bando, la cabeza del bandido Partideño, subiendo a cinco mil pesos fuertes el premio de quien le entregue vivo o muerto, a diferencia de lo establecido en anteriores edictos, señalando quinientos a quien entregue a cualquiera de los de su banda. Cualquiera de los mismos de la gavilla que entregue al Capitán queda perdonado de sus anteriores crímenes y tiene perfecto derecho a la suma de que habla esta ley a ese respecto”.

“El Gobernador de San Miguel de la Frontera, con título de muy leal y muy noble ciudad. Alonso Peñalva”.

Fíjese. *(Un alguacil lo clava en el muro) ¡Muera Partideño! (Gritos del Pueblo: ¡Muera!)* El amigo Candil despliega una encomiable actividad. *(Vanse todos a compás de redoble. PARTIDEÑO les ve ir; después, toma un carbón y escribe bajo el cartel)* Ahora, pongo yo mi edicto. Así... Así... veremos cuál de esas amenazas vale. *(PARTIDEÑO se emboza y se hace a un lado. Pasan gentes del pueblo; ven lo que*

ha escrito el CAPITÁN, se santiguan y pasan)

ESCENA V

Partideño al paño, Candil con papel en la mano

CANDIL

—“Desconfiad del Señor Prior. Procura deshacerse de vos”. ¿Quién puede haberme dado este anuncio. Don Juan, María, él mismo? ¿Quizás el Capitán? Imposible. ¿A qué vendría esto? Quien sabe si sea el mismo demonio quien lo ha escrito. No comprendo. Aquí se ha fijado el edicto. ¡Estas letras! Las conozco ¿Quién?... “El señor Gobernador será ejecutado dentro de tres días”. Por aquí anda el Capitán. Esa audacia va a costarle muy cara. El Prior me traiciona y Partideño me acecha, ¡Vamos! Preciso es que me deshaga del uno y tocante al otro, bien hace en venírseme a las manos. Conque por aquí anda el Capitán: le dejaremos un recado. Así me libro de uno o de otro, o del Capitán o del Prior. Partideño echará una ojeada a lo que él escribió y leerá estas palabras. Ojalá esto suceda... *(Acabando de escribir*



vuelve la vista y se encuentra con la de PARTIDEÑO que se adelanta, a larga distancia.)

PARTIDEÑO

—Buenas tardes.

CANDIL

—¡¡Capitán!!

PARTIDEÑO

—¿Se ocupa Usía en emborronar las paredes como un chico de la escuela?

CANDIL

—Permaneced a distancia, Capitán. Tengo una excelente pistola. *Saca una pistola. El CAPITÁN permanece impasible.*

PARTIDEÑO

—¿De qué fábrica, Excelentísimo?

CANDIL

—Os halláis de buen humor, Capitán. De la fábrica de Rodel, de Burgos... *(Le apunta.)*

PARTIDEÑO

—Como la mía... De la fábrica de Rodel. *(Al decir esto, el CAPITÁN le apunta asimismo. CANDIL desvia el cuerpo.)*

CANDIL

—Hablemos en paz, Capitán.

PARTIDEÑO

—Enhorabuena. *(Bajan las armas.)*

CANDIL

—En conclusión, ¿qué deseáis?

PARTIDEÑO

—Poco a poco. Observo que habéis olvidado la costumbre de tutearme. Y cuenta que entonces erais mi subalterno. ¿Os habéis enterado, observa a tu vez que quiero tratarte con respeto, os habéis enterado, Señor Gobernador, de vuestra sentencia de muerte?

CANDIL

—Os va a costar caro el tanto arrojo, Señor



Capitán.

PARTIDEÑO

—Os doy una buena noticia. El plazo de esa sentencia puede alargarse.

CANDIL

—¿Qué queréis decir?

PARTIDEÑO

—Ahora soy yo quien os ruega que permanezcáis a la misma distancia, Excelentísimo. En primer lugar, debo deciros que entendéis mal las cosas si después de haber asesinado a la abuela, queréis hacer lo mismo con el nieto. Me refiero a Sabino...

CANDIL

—La ley le condena, y...

PARTIDEÑO

—¡Ah! ¡Ola, Candil! Ya aprendiste a hablar de la ley... siempre estuve por creer que eras inteligente. Señor Gobernador, devolvedle la libertad a Sabino y os concedo tres meses de plazo para que huyáis.

CANDIL

—Vamos, Capitán, estoy por creer que vuestro juicio...

PARTIDEÑO

—Os lo propongo por segunda vez, añadiendo una condición importante. Os ofrezco renunciar a la parte que tengo en la fortuna de los López. Devolved la libertad a Sabino y yo, por mi parte, retiro mis pretensiones, ya sabéis que sé cumplir mi palabra.

CANDIL

—¿No se os ocurre algo más?

PARTIDEÑO

—¿Aceptáis, sí o no?

CANDIL

—Sabéis que podría cumplir a voluntad lo que os ofreciera.

PARTIDEÑO

—Alto allí, Candil: yo te haría cumplir.



CANDIL

—Capitán, recordad que me llamo Don Alonso Peñalva.

PARTIDEÑO

—No tengo escrúpulo en reconocerlo.

CANDIL

—Tengo mucho gusto de veros, Capitán, ¿no se os ofrece otra cosa?

PARTIDEÑO

—Ciertamente: quiero leer lo que escribáis en el muro, Excelentísimo.

—No os acerquéis. Capitán. Un antiguo placer de leéroslo

GAMTÁN

—Se muestra muy amable su Excelencia.

CANDIL

—No os acerquéis, Capitán. Un antiguo subalterno se va a dar el placer de leéroslo

CAPITÁN

—Se muestra muy amable su Excelencia.

CANDII.

—Es una escritura interesante, Capitán. Oíd y preparaos a reir.

“En el convento de San Francisco hay un Fray de nombre Ursino...”.

PARTIDEÑO

—¡Mientes! ¡En el convento de San Francisco! Ursino...

CANDIL

—Calma. Oíd. “Ese bendito Fray -cuidado con acercaros, Capitán-, ese bendito Fray se dignó colocar dos astas en la frente del Capitán Partideño”. *(Lee esto con sarcasmo y, al concluir, arroja una carcajada insultante y, al mismo tiempo, le suelta un tiro al CAPITÁN, huyendo a escape. PARTIDEÑO se echa por tierra.)*



PARTIDEÑO

—¡Miserable! Todavía esa risa. Suena en mis oídos como hace veinte años... Mi billete, destinado a meter la desconfianza entre el Prior y Candil, ha producido un efecto inesperado. Candil traiciona a su cómplice. Ursino... La hora se acerca. Viene gente. ¡Insensato! Ya me iba sin borrar de la pared ese horrible sarcasmo. (*Borra. Gritos dentro.*) ¡Al ladrón!

ESCENA VI

Candil, Soldados, Pueblo; María

CANDIL

—Aquí; estaba aquí... Le vi caer.

NOTARIO

—Es inútil. Para acertar al Capitán, que tiene pacto con Satanás se necesita algo más que una pistola.

CANDIL

—Tened prevenidas; vuestras armas y cerrad vuestras puertas.

NOTARIO

—Y quedaos adentro.

CANDIL

—Los hombres honrados deben vigilar por que los malvados no prosperen.

NOTARIO

—Eso se llama sabiduría.

CANDIL

—Hoy mismo se me ha dicho que fue él, personalmente, Partideño, quien leyó aquel edicto.

NOTARIO

—El... Imposible. La persona que leyó tomó el papel de mis propias manos... Sería imposible que se atreviera a dirigirle la palabra al antiguo secretario.

CANDIL

—Fue él mismo. Silencio.



NOTARIO

—Silencio.

CANDIL

—Ha llegado su audacia hasta a escribir amenazas contra mi autoridad al pie mismo de aquel edicto. La seguridad pública exige escarmientos: esta en capilla uno de esos malhechores...

PUEBLO

—¡Que muera!

MARÍA

—Señor, os buscaba. Han entrado a casa, tomado muebles, dinero, alhajas, todo: han tomado los papeles y documentos de la familia; se han apoderado de las llaves y nos han dicho que tomáramos la calle a mí y a los criados.

NOTARIO

—¿Pero quiénes han entrado, los ladrones?

MARÍA

—No; habéis entrado vos y vuestros soldados con

orden del Gobernador...

NOTARIO

—¡Ah! eso es otra cosa. Esos bienes son de los religiosos... Doña Luz se los ha dejado para mayor gloria de Dios...

MARÍA

—¡Tened piedad! Sabéis que estoy en la calle... Doña Luz ha muerto y Juan ha desaparecido. ¿Sabéis de Juan? ¿Dónde está Juan?

CANDIL

—¿No creéis posible que haya muerto?

MARÍA

—¿Por qué decís eso? ¿Creéis que Dios permita acumularse de ese modo las desgracias?

CANDIL

—Sólo sabré deciros que Don Juan era capaz de todo. Todos sabemos que resistió a las últimas súplicas de su buena madre Doña Luz.

(Indignación en el Pueblo).



Parece que la Santísima Virgen había hecho por él un milagro. Don Juan, sin embargo, se negó a cumplir un voto sagrado.

(NOTARIO y Pueblo se santiguan).

Aún se afirma que eso motivó y aceleró la muerte de la buena Señora.

VOZ EN EL PUEBLO

—¡Qué horror!

CANDIL

—No es extraño que haya puesto fin a sus impiedades...

MARÍA

—¿Callad!

OTRA VOZ

—No es extraño.

MARÍA

—¿Callad! Sois, a no dudarlo, causa de muchos de estos males...

CANDIL

—Qué dice esa mujer?

NOTARIO

—¿Qué dice?

MARÍA

—Tomáis empeño en hacer recriminaciones hipócritas.

CANDIL

—Todos saben, María Mayén, que el amor sospechoso que por vos tenía el Caballero López ha motivado el perjurio y la profanación del voto...

MARÍA

—Sois un miserable.

CANDIL

—¿Oís? Insulta mi autoridad. El Reverendo Prior de San Francisco afirma que en esa resistencia a cumplir el voto reconoce la influencia de malas artes y hechicerías. No extrañaréis que una mujer así se encuentre en la calle y quiera disputar sus bienes a



los religiosos. Todos conocemos la historia de los Mayén.

UNA VOZ

—Es una hechicera

MARIA

—¡Infamia!...

OTRA, VOZ

—Tirémosle piedras: quemémosla.

MARÍA

—¡Ah!

(Se oyen dentro rumores de multitud.)

NOTARIO

—¿Qué es eso? Una multitud se arremolina..
Siguen a un hombre, un religioso...

CANDIL

—¿Qué sucede? *(MARÍA huye.)*

NOTARIO

—Se acercan.

VOCES

—Un endemoniado.

FRAY (*dentro*)

—¡Mi oro!

ESCENA VII

*Dichos; Fray Fabián; gente que le sigue, Pueblo,
Soldados*

TODOS

—¡El Prior!...

FRAY

—¡Socorro! Devolvédme todo... Me han robado.
Devolvedme mi oro... Mi oro... ¡Todo era mío!

CANDIL

—En vuestra casa, bandido. Los ladrones han



llegado allí. Estabais de acuerdo con ellos... allí estaba la fortuna de los López y la fortuna del convento, llevadas a vuestra casa para más asegurarlas.

CANDIL

—¡Condenación! Todo se ha perdido.

FRAY

—¡Me han robado, me han arrancado el corazón! ¡Ah! Mirad esta carta: aquí se me anunciaba vuestro engaño...

CANDIL

—Y a mí se me anunciaba el vuestro: ved, leed...

FRAY

—¡Mentís! Llegué tarde; ya habíais conseguido venderme. Os he de arrancar el alma... Oídme, vosotros todos, oídme: ese hombre es un bandido.. *(Se arroja sobre Candil; éste se ríe sarcásticamente y le arroja al suelo tomándole por el cuello; al caer, le dice por lo bajo)*

CANDIL

—Secreto por secreto: silencio, Rafael Ursino. (*El FRAILE permanece en el suelo, aterrado.*)

FRAY

—¡Ursino!

CANDIL (*al NOTARIO*)

—¡Pronto! A perseguir a los bandidos. —¡Corred, volad con mil demonios!

FRAY

—¡Ursino! Psit... El oro... Aquí está, aquí... Lo veo, todo está aquí... todo ese es mi oro. Sabino busca oro; no oro, busca a Candil... ese es Candil, el famoso Candil, el Teniente de Partideño.

CANDIL

—¡Maldición!

VOCES

—¡Candil! Ha dicho Candil. ¿Quién es?



FRAY

—Eso es oro: ¿lo veis?

(Arrastrándose y extendiendo las manos para abarcar el pavimento).

¿Quién habla de Ursino? ¡Ursino ha muerto!... ¡Eh! Ved: todo eso es oro; en vano habéis Querido robármelo, miserable Gobernador. Mi oro... *(Movimiento de terror en los circunstantes.)*

TODOS

—¡Está loco!

FRAY

—Callad, os digo; callad, señores; venid, Señor Peñalva, venid pero no os aproximéis mucho... mirad: aquí está todo ese dinero... *(Con alegría salvaje.)* Es una fortuna. He aquí mi oro... no os acerquéis... Mi oro.

(Todos sueltan carcajadas nerviosas).

TODOS

—Su oro... Su oro...

(FRAY FABIÁN vuelve la vista a todos lados con

imbecilidad.)

FRAY

—Todos estáis contentos. Aquí, allí, más allá...
¡Ahhh...! Por todas partes... ¡Apartaos!... Oro y más
oro, y todo es mío...

¡Mi oro!... ¡Mi oro!
(Risas incontenidas.)

TODOS

—Su oro... Aquí, allí... Todo se suyo...

FRAY

—Mi oro, mi oro...

TODOS

— Su oro, su oro... *(Siguen las carcajadas cada
vez más atronadoras. Telón)*

FIN DE ACTO TERCERO

ACTO IV

*Calabozo, con puerta a un lado, al otro y al fondo.
Centinelas en la parte exterior que se pasean a
intervalos.*

ESCENA I

*Candil, en primer término; Notario, en la puerta del
fondo, dirigiéndose a un grupo de curiosos.*

NOTARIO

—¡Ea! ¿No acabaréis de saciar la curiosidad? ¿No acabaréis de entrar y salir? ¿Alguna de estas viejas ha visto a su marido en capilla? ¡No hay duda que ese día pensó en la viudez como en la gloria!... ¡Maldita curiosidad! Afuera, afuera, digo. No quieren dejar en paz a ese pobre ladrón.

CANDIL (*consigo mismo*)

—Ganas tengo de que me lleven los demonios. Partideño me ha ganado la partida. ¡Pensar que todos los costales de oro que había reunido ese fraile avaro durante muchos años estaban depositados en

mi casa! Siento a mi pesar que el Capitán me inspira miedo. Mató a mis guardias, puso en fuga a mi servidumbre y ha dejado aterrada la población... Parece increíble. La gavilla toma incremento: crece y crece como la espuma. —Señor Secretario, ¿habéis dado orden para que se dupliquen las escoltas?

NOTARIO

—No hay gente para tanto, Señor Gobernador. Ayer se ha desertado una compañía que andaba en expedición con todo y armas y Capitán.

El ejemplo cunde. Por lo que es al Capitán, todas las pesquisas hechas para aprehenderle creo que han sido infructuosas.

CANDIL

—Vamos, no digáis disparates.

NOTARIO

—Absolutamente. Por lo que hace al Capitán, se me ha asegurado que tiene pacto con el demonio.

CANDIL

—Estoy por creerlo.



VOZ DENTRO

—Para hacer bien por el alma del que van a ajusticiar.

NOTARIO

—Se cuenta que alguien le ha hallado bañándose y ha podido verle pintada en la espalda la cola de Satanás.

CANDIL

—Estoy por creerlo.

NOTARIO

—Sé de buena tinta que una vez le tenían preso, cargado de cadenas y engrillado. Pidió licencia al centinela para dibujar un pájaro en la pared. ¿Qué creéis que sucedió? Se montó en el pájaro y ¡fth! desapareció por los aires.

CANDIL

—Cada vez me confirmo más en la idea de que sois un imbécil, Señor Secretario.

NOTARIO

—Es el único punto en que no tengo el honor de estar de acuerdo con el Señor Gobernador. ¿Pretendéis conocer a Partideño mejor que yo?

CANDIL

—Silencio.

NOTARIO

—Os incomodáis sin razón. Sabed que otra vez Partideño estaba preso: se trataba de cortarle el cuello. El Capitán pidió, ya cerca del tajo, que se le permitiera un último gusto. Quería, dijo, despedirse del mundo fumándose un cigarro. Un curioso le alargó el cigarro pedido. Encendiólo el Capitán y con la primera bocanada de humo, ¡fuhh!... desapareció, dejando a los soldados con la boca abierta. ¡Ahí es nada! Se cuenta además que se transforma en gallo, en cerdo, en lechuga. A las doce de la noche se va a la montaña; reza una oración infernal, da tres vueltas en el aire y vomita el espíritu en un tiesto o en un guacal. A esas horas empieza a aullar por esos caminos hecho lobo. Vuelve al amanecer y torna a tragarse el espíritu. *Animula, blandula, vagula.*



Justamente, habéis visto que ayer no le acertasteis con vuestra magnífica pistola. Oídme, Señor Gobernador, si queréis acertarle alguna vez, cargad vuestras armas con balas de cera bendita. El plomo se hace gotas de agua en la piel de Partideño.

CANDIL

—Es preciso apurar los recursos.

NOTARIO

—Os digo que es inútil. Se habla mucho de las últimas desgracias que están sucediendo. Una señora muy santa ha muerto sin recibir la comunión; su hijo Don Juan López ha desaparecido... Una joven de buena familia se ha convertido en hechicera.

CANDIL

—¿Acabaréis de charlar, viejo necio?

NOTARIO

—Digo lo que sé únicamente. No queréis que hable; está bien; cerraré el pico... Sabéis perfectamente que además de eso... el antiguo Prior del convento de San Francisco ha sido hechizado por

la misma bruja: la llamada María Mayén.

Todo lo que mira le parece plata, oro, dinero... La carne, el pan, las tortillas, todo es oro para el pobre religioso... Y no come porque es imposible masticar esa materia durísima. Ya veis que cuando suceden estas cosas es porque va a llegar el Anticristo. Se dice que Fray Fabián empezaba a hacer milagros y que seguramente era un santo... O estaba en camino de serlo.

CANDIL (*aparte*)

—Sí, como yo. —Señor Secretario, venid acá.

NOTARIO

—Aquí me tenéis

CANDIL

—Más cerca

NOTARIO

—Más cerca



CANDIL

—Oídmeme: ¡Silencio!

NOTARIO

—Ya callo.

CANDIL

—Ahora, haced que me traigan al reo.

NOTARIO

—Voy al instante. Ola, soldados, vamos a traer al reo. Cuidado, amartillad los arcabuces.

CANDIL

—Tenerle en mi poder: arrancarle esa fortuna... Quizás ese muchacho pueda servirme de algo.

ESCENA II

Candil, Sabino, el Notario

CANDIL

—Sabes que estás sentenciado a muerte.

SABINO

—Os aseguro que no he hecho mal, Señor: ponedme en la calle.

CANDIL

—Hoy debes de ser ejecutado, dentro de poco. El soldado que te hizo prisionero reclama el precio de tu cabeza: tiene perfecto derecho a él.

SABINO

—El precio de mi cabeza... ¡Ah! Me da mucho miedo, Señor: no me hagáis morir. (*Solloza*)

CANDIL

—Sabino, hay un medio de que no mueras. Podrías volverte a tu casa libre como el viento.

SABINO

—¿Decidme cómo? Hablad. Sed bueno conmigo...

CANDIL

—Tú conoces todos los lugares en que acampa actualmente la la gavilla del Capitán. Puedes guiar a mis soldados y hacerle caer en un lazo. Le



sorprenderemos. No procurarás engañarnos porque entonces mis soldados te darán muerte al punto. Puedes también salir acompañado de mis agentes: sin duda encuentras a alguno de tus camaradas, ¡haces venir al Capitán a un lugar dado y así cae en mi poder, Sabino.

Ya ves que es fácil que salgas de esta prisión. No cuentas más que unos pocos momentos de vida. Responde. Mira, ven; acércate a esa ventana: ese es el cielo. Yo podría despachar a otra parte al centinela. Mira allá lejos, un hombre baja por aquel camino.

SABINO (*contento*)

—Sí, con un haz de leña al hombro. Viene del monte.

CANDIL

—Sí, viene del monte. Yo podría hoy mismo ponerte en libertad. ¿Te agrada mucho el sol? Mira, está poniéndose. Qué agradable sería correr por esos campos...

Voz DENTRO

—Para hacer bien por el alma del que van a ajusticiar.

(SABINO intenta correr desesperado. CANDIL le detiene.)

SABINO

—Soltadme, dejadme, dejadme ir, Señor Gobernador...

CANDIL

—Quieto. ¿Quieres salir de aquí? El medio esta en tus manos. El Capitán vendrá a ocupar tu lugar y tú... te vas para siempre... Tendrás la gratificación, ¿Qué te parece? Vamos, ¿qué resuelves? Habla. ¡Con mil demonios! ¿No quieres hablar?

SABINO

—Mandadme matar.

CANDIL

—¡Cómo! Pero es cosa muy fácil... Tú no quedarás preso sino mientras tenemos a ese Hombre... Comprende que eres un necio...



SABINO

—Señor Gobernador, haced que le escriban una carta al Capitán: yo no sé escribir...

CANDIL

—Vamos... Ya te muestras razonable. Bien. ¡Una carta! Tú sabrás cómo le llega. Vas a decírmelo. Por ahora escribamos la carta. A. ver, a ver. ¿Qué quieres decirle?

SABINO

—Que voy a morir y que no olvide la palabra que me ha empeñado de dar muerte a ese hombre llamado Candil, asesino de mi abuela.

Candil

—¡Demonio!

SABINO

—¿Me lo permitís?

CANDIL

—Calla, picaro. *(Se arroja furioso sobre SABINO y le arrastra)* ¿No aceptas? Bien; tienes pocos momentos

de vida.

SABINO

—¡Compasión, Señor, compasión!

CANDIL

—Volveré a la hora en que han de ejecutarte. Piénsalo. Vigila, centinelas. No dejaréis entrar sino al religioso que venga a dar sus auxilios al reo. Se dice que ha llegado el Visitador vamos a presentarle nuestros homenajes. ¿Con qué vestido se va a ver a un Visitador Señor Secretario?

NOTARIO

—De gala, Señor Gobernador, de gala.
(*Vanse CANDIL y NOTARIO.*)

MARÍA (*VOZ dentro*)

—Dejadme aquí; dejadme...

CANDIL

—¿Quién habla?



NOTARIO

—Una mujer, parece; permitidme un instante... Es la pobre muchacha... La bruja.

CANDIL

—¿Y qué hace allí? ¿Qué busca?

NOTARIO

—Yo no sé más que vos, tocante a ese negocio. Vamos, voy a llamarla. ;Eh... hechicera! Entrad. Quiere hablaros el Señor Gobernador.

ESCENA III

Dichos; María

MARÍA

—Hace tres días, Señor, que estoy en la calle.

CANDIL

—¿La nobleza no os ha abierto sus puertas?

MARIA

—Me ha rechazado.

CANDIL

—¿Y el pueblo no os socorre?

MARÍA

—Me insulta y me burla.

CANDIL

—Y bien: haceos monja.

MARÍA

—Me han rechazado también en las porterías de los conventos y el populacho se opone a que penetre en las iglesias. (*Llora.*)

CANDIL

—¡Pardiez! Tengo qué hacer, Señorita; el Señor Visitador extrañará mi tardanza... No se os admite en ninguna parte, permaneced en la calle, pues.

MARÍA

—Tampoco me es posible. Me insultan. También me arrojan piedras. Para una joven como yo, Señor, a una vida semejante es preferible la muerte. Cuando murió mi protectora, incliné la cabeza sobre



su cadáver, al salir de mi desmayo, Juan, su hijo, había desaparecido. ¿Habrá ido a cumplir su voto? ¿Nada sabéis, Señor?

CANDIL

—¡Qué me importa nada de eso; ea, marchaos! ¡Para una joven como ella! ¡Faltaba más! ¡Para una joven como ella, la María Mayen!..,

MARÍA

—Señor, perdonadme si os ofendí. Hace tres días se revelaba aún mi delicadeza. Tanto se me ha escarnecido y tanto cieno han arrojado a mi rostro, que ya vuestro mismo trato me parece suave y comedido...

CANDIL

—¿Qué queréis, en fin?

MARÍA

—Vengo a pedirlos que me encerréis en una cárcel, que me permitáis la llave para quedarme con ella dentro, para no salir nunca, para no franquear esa reja a nadie, jamás,..

CANDIL

—¿Pero estáis loca?

MARÍA

—No, soy cuerda. Quiero un rincón cualquiera, donde no se me pueda ver, ni nadie pueda ir corriendo y gritándome por las calles, ni nadie me llame hechicera, ni nadie me amenace con quemarme.

CANDIL

—Vamos... Vuestra necedad me impacienta... Salid.

MARÍA

—¿Adonde he de ir? Dios mío, ¿adonde he de ir?

CANDIL

—Y bien, procurad pasar como podáis. El vulgo os insulta porque sois de una clase orgullosa: la miseria se desquita y se resarce cuando baja a su nivel un poderoso. Ya os acostumbraréis. Ya veis que cuando os hagáis de amigos por allí, no lo pasaréis mal: ¿habréis visto muchas mujeres que van por la calle



como unas miserables? Pues, creédmelo: tienen sus alegrías...

MARÍA

—¿Qué horror! Hay un Dios piadoso y misericordioso en las alturas y no se ha dignado partirme el corazón con un rayo...

CANDIL

—Si vuestro nombre Mayén de Rueda os perjudica, mudáoslo.

MARÍA

—Cambiarle el nombre de mis padres...

CANDIL

—Si vuestro orgullo os pierde, tened a bien suprimirle. Mientras se es rico, noble, acomodado y se tiene lo necesario y lo superfluo, nos podemos dar el lujo, como una añadidura de nuestro orgullo, de ser honrados, puros, virtuosos: cuando ya uno es miserable, María Mayén, entonces, creedlo, no es inútil enteramente tener algún vicio. Esa es la rueda de la fortuna: arriba y abajo, abajo y arriba.

MARÍA

—Ese hombre es un monstruo.,.

CANDIL

—Os he hablado como un amigo. Se dice que habéis hechizado a Fray Fabián. Ahora, marchaos. Con todo, si insistís en vivir en la cárcel, bastará con que le acertéis una puñalada a un prójimo. Ola, sacad esta mujer.

(Sale MARÍA llorando.)

NOTARIO

—Allí le aguarda una turba de muchachos...

(Se oyen en la calle zumbas y risas.)

CANDIL

—Señor Secretario, ¿con qué vestido se visita a un Visitador?

NOTARIO

—A un Visitador se le visita de gala, excelencia, de gala, de gala..



CANDIL

—Que se cumplan mis órdenes. Volveré a la hora de la ejecución. *(Vase.)*

ESCENA IV

SABINO

—Van a matarme. ¡No quiero!... no lo quiero... ¡Cómo deseo volverme a la montaña: correría a esconderme adonde nunca más pudieran verme los soldados; a una quebrada oscura y honda, perdida en el fondo de los despeñaderos; dormiría en la copa de los árboles más altos. Este calabozo, esos ruidos de cadenas, esos hombres que me intimidan con sólo mirarme... ¡a mí!... Esto no puede ser... no lo creo... *(Llorando)* ¡No me hubiera sucedido esto si mi madre viviera todavía!

(Entra un Religioso de larga barba encanecida. Es de noche)

ESCENA V

Sabino, el Religioso

EL RELIGIOSO

—He aquí el Palacio de la Justicia: cárceles infectas, cadenas pesadas, paredes huecas y manchadas de sangre... *(Va a la ventana.)* Esa es la ciudad que se adormece. Ella ignora, como la más de las veces, que el juez debiera ocupar el lugar del reo... ¡Y pensar que casi siempre es ella la que tiene todas las responsabilidades del Juez! ¡Caigamos, pues, caigamos sobre todos, ciegos e implacables!

SABINO

—Padre, sacadme de esta cárcel. No me respondéis. ¡Ah! ¡Nadie se apiada de mí!

EL RELIGIOSO

—¡Ola! ¡Eh! ¡Gente! *(Llamando)*



ESCENA VI

Dichos, Notario

NOTARIO

—Decid, padre.

EL RELIGIOSO

—El Señor Gobernador?

NOTARIO

—Ha salido.

EL RELIGIOSO

—A dónde?

NOTARIO

—A casa del Señor Visitador, recién llegado.

EL RELIGIOSO

—No me encontrará

NOTARIO

—Sois vos?... Me atrevería a preguntaros?

EL RELIGIOSO

—El Visitador Fray Pedro Góchez.

NOTARIO

—A vuestros pies. Señor: dejadme que bese vuestras manos... Me llamo Don Juan Manuel Espiridión Zelaya, Notario y Secretario de este partido desde hace treinta y seis años...

EL RELIGIOSO

—Celebro conoceros. Mostrad esos pliegos a los jefes de esta guarnición y llamadles.

EL NOTARIO

—“Capitanía General”... Bien, excelentísimo Señor, lo haré enseguida...

“Por informes de Fray Fabián de la Torre”... qué dice aquí... Se me había puesto... (*Caminando y leyendo.*) Pronto iré, pronto... Si lo había dicho... (*Sale.*)

EL RELIGIOSO

—A tiempo llega el Señor Visitador. Ahora voy a dejar un recuerdo imperecedero de mis venganzas.



Los hombres son mis enemigos. ¡Sangre!.... Se necesita un océano de sangre para lavar ciertas manchas... Todo eso es una ciudad, una muchedumbre, un pueblo. Duerme. Su despertar va a ser horrible.

SABINO

—Señor, tened piedad de mí.

RELIGIOSO

—¿Estás en capilla?

SABINO

—Sí, padre; sacadme de aquí... El Señor Gobernador me da la libertad si entrego al Capitán Partideño... Pero yo no quiero entregar al Capitán y quiero salir...

RELIGIOSO

—Es un buen modo de arreglar las cosas. ¿Y qué has hecho? ¿Qué crimen has cometido?

SABINO

—Ninguno

RELIGIOSO

—¿Cómo ninguno?

SABINO

—Ciertamente: no he hecho mal.

RELIGIOSO

—Faltas a la verdad.

SABINO

—Si, Señor, si he hecho mal: me agregué a la cuadrilla de Partideño.

RELIGIOSO

—Algo más malo has hecho, condenado.

SABINO

—Os equivocáis, Padre.

RELIGIOSO

—Oye: has buscado a un hombre para darle muerte.



SABINO

—¿Cómo sabéis?

RELIGIOSO

—Has querido vengarte. Mereces tu castigo: no te lamentos.

SABINO

—¡No hay esperanza, pues!

RELIGIOSO

—Tú mismo empiezas por matarla

SABINO

—No os entiendo... Yo quiero salir... Yo no quiero que me den muerte...

RELIGIOSO

—Silencio. El hombre debe resignarse alguna vez y no chillar como un pájaro acobardado...

ESCENA VII

Dichos, Notario, Jefes

NOTARIO

—El Señor Comandante de armas y los señores Alférez han visto la orden de la Capitanía que les exime de la obediencia del Gobernador Peñalva, por haberle acusado el Prior de San Francisco, Fray Fabián de la Torre, de haber formado en la cuadrilla de Partideño y haber suplantado nombre y posición. Llegan a ponerse a vuestras órdenes y cuando lo dispongáis se formará proceso al Señor Peñalva. *(Aparte.)* Ya suponía que era un picaro: ¡he allí la penetración!...

RELIGIOSO

—Aunque esa orden no os dispusiera a la obediencia, mirad esos títulos que no vienen firmados por ninguna Cancillería de las Indias, sino de la propia mano del rey. Vedlos.

NOTARIO

—Veamos la firma del rey.



RELIGIOSO

—Descubríos. (*Descúbreme.*)

NOTARIO

—Estamos a vuestras órdenes. El Señor Peñalva es un picaro. Ya digo que lo había adivinado... Sabéis, Señor Visitador, que tenía la avilantez de tratarme de imbécil, de animal... hasta de bruto. Estamos a vuestras órdenes.

RELIGIOSO

—¿Volverá ese hombre?

NOTARIO

—A la hora de la ejecución: oíd que suena. Vamos a formarle proceso al Señor Gobernador esto será memorable.

EL RELIGIOSO

—Estad listos a ejecutar mis órdenes.

NOTARIO

—He aquí que llega. Buena le aguarda... Imbécil, bruto, animal... Ya vas a ver...

ESCENA VIII

Dichos; Candil, vestido de etiqueta; al Padre Abos viejo de cien años; la barba le cae al ombligo; todos le abren paso y le contemplan con respeto.

CANDIL

—El Padre Visitador no ha tenido la bondad de esperarme. Apartaos, Señor Secretario. ¿Qué hacéis aquí vosotros? (A ABOS.) Hablad pronto, que el tiempo urge: tenemos qué hacer.

ABOS

—He bajado la montaña sólo por hablaros, Señor. Ya veis que estas piernas son débiles y largos mis cien años. Los montañeses me han llevado la noticia de que vais a dar muerte a un niño: los vecinos de San Miguel saben que siempre que hay un hombre destinado al suplicio, vengo a auxiliarle con mis consejos en esos momentos solemnes. Hoy vengo a impedir la ejecución de ese niño.

CANDIL

—¿A impedir? Si sólo es eso, pobre viejo, podéis



largaros a vuestra cueva: no estamos para malgastar el tiempo en lloriqueos.

ABOS

—En tanto he vivido, he aquí la primera vez que la ley responde a mis súplicas con el escarnio. ¿Sabéis, Señor, lo que es la vida de un niño? Pues es vida sagrada por designios de lo alto.

CANDIL

—¡Sagrada! ¡Valgaos porque ya estáis demás en la tierra! (*Volviendose al Religioso*) ¿Habéis confesado al preso? (*A ABOS*) Podéis marcharos.

ABOS

—Señor, comprended que habláis con quien ya es vecino de los sepulcros. Esa inmediatez me fortifica en la verdad y me hace inviolable a la risa y los desprecios de los hombres. Los hombres encuentran en mi semblante la imagen de sus antepasados y los niños, merced al santo hábito, me encuentran semejanza con el Dios Eterno. No haréis morir ese niño. Es niño, es inocente.

CANDIL

—Una vez por todas, silencio.

ABOS

—Sois, pues, un verdadero monstruo. Nada tan cruel, tan frío, tan inhumano como ese hombre...

CANDIL

—Silencio, viejo loco. Echadle fuera. ¿No me oís?
¡Voto al infierno!

ABOS

—Creí que iba a hablar a algún ser hijo de madre: he allí a un hombre que arrojó al mundo el seno de la piedra. ¡Ciego!: ¡ni luz, ni movimiento, ni aire, ni agua, ni sal comparte con los hijos de los hombres! Le veo aterrado. El acento de su voz demuestra que en ese hombre empieza a extinguirse la humanidad y a despuntar un monstruo frío y de sangre estancada.

CANDIL

—Afuera... ¡U os arrojo por la ventana! ¿Queréis hacer que os arrastre por las barbas?



ABOS

—¡Monstruo! ¡Qué negro castigo te reservan los juicios de la Providencia!

CANDIL

—¡Con mil demonios! *(Se arroja tabre el Padre ABOS. El otro Religioso toma a CANDIL por el hombro y volviéndose a los soldados, dice)*

RELIGIOSO

—Prended a ese hombre.

CANDIL

—¿De qué trata? ¿Quién sois? *(Le prenden)*
¡Traición. a mí!!...

RELIGIOSO

—Echadle mordaza. Atadle. Las manos... los pies...

NOTARIO

—Tenéis delante al Señor Visitador.

EL RELIGIOSO *(a CANDIL)*

—No dirás que el Capitán no cumple su palabra,

Candil.

(CANDIL se retuerce y da muestras de querer hablar.)

—Señores, hemos descubierto que en San Miguel se trama una revolución para secundar los movimientos de los rebeldes del Sur. Mirad, esta es la lista de los individuos complicados en ese complot.

NOTARIO

—Don Lorenzo de Zelayandía... Don Juan Escobedo... Don Sebastián Liconá... Pero aquí está toda nuestra nobleza... todos los afectos al rey, a la monarquía, a los borbones...

EL RELIGIOSO

—Al representante del rey no se le hacen objeciones, estimable Señor Notario: debéis saberlo por consideraciones a vuestra cabeza. Haced prender a todas las personas, clérigos o seglares, que consigna esa lista. *(Vanse algunos militares.)* Llamad al verdugo. *(A CANDIL.)* He entregado a tu mujer los tres mil pesos fuertes de que te hablé la otra vez que nos vimos. Sé que tu hijo está alentado. Si crees en



Dios, reza (*Entra un hombre con una hacha.*)

VOZ FUERA

—*Para hacer bien por el alma del que van a ajusticiar.*

EL RELIGIOSO (*Dirigiéndose al VERDUGO*)

—El hombre no tiene derecho para hacer del hombre un ciego asesino. ¿Sois el verdugo, no es verdad? Tomad vuestros honorarios y dadme esa hacha. El juez debe echar sobre sí mismo las responsabilidades de su sentencia. Quedaos. Ven. (A CANDIL)

(CANDIL forcejea. El CAPITÁN le arrastra con mano firme a la pieza vecina. Se oye un golpe sordo. Movimiento de horror en los circunstantes.)

ABOS

—¿Quién es ese hombre? (*Con espanto.*)

EL RELIGIOSO (*apareciendo*)

—Soy una de las formas de la justicia humana. Ven, Sabino.

SABINO (*horrorizado*)

—No me matéis, Señor; ah, no me matéis.

EL RELIGIOSO

—Ven, mira. Eso fue Candil. Vámonos. (*Sale llevando a SABINO consigo. Todos le signen con la vista, aterrados. Telón.*)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO V

Convento

ESCENA I

Es de noche. A un lado una serie de nichos con efigies de religiosos, tallados en piedra. En el fondo, galería prolongada. Al otro lado, una ventana; la imagen que apareció en el acto primero, alumbrada por una lámpara. La Virgen tiene entre las manos el puñal de los López.

JUAN (*de rodillas ante la Virgen*)

—Imposible... Aquí en mis labios nace la oración y aquí en mis labios muere. Mi corazón permanece frío. Mi pecho arde en otro afán. En vano me arrastro al pie de los altares. Cada vez hallo mi fe más débil, mi valor más lánguido. Las oscuras galerías, los pasos ensordecidos, las celdas lóbregas... este vestido. ¡Oh! ¿Dónde está mi espada? (*Levantase.*) Testigos de mis vacilaciones, esas mudas imágenes me contemplan desde sus pedestales como a un proscrito impenitente y como a un cristiano indigno

de este sagrado asilo que profano con mi desesperación. Estatuas inmóviles que condenáis mis vacilaciones, dejad el oscuro nicho, formas que el artífice hizo vivir en la piedra, con las manos juntas para siempre como indicando una plegaria eterna; animad vuestros ojos sin pupilas, inmóviles y fijos en los espacios; sentid en vuestros duros pechos los latidos de un corazón que se consume en implacable fuego; sentid la sangre animar vuestros miembros inertes; verted, como yo, mares de lágrimas con inmensa desdicha, y sabréis cómo se consume la alabanza, y cómo los deseos humanos, mezclados a la fe irresoluta, se encaminan hacia los cielos mitad prez y oración, mitad blasfemia. ¡Ah!, perdón, madre mía. Perdonadme: yo he de cumplir el voto, pero rogad, si a las alturas suben mis súplicas, rogad por que un indómito corazón ahogue sus rebeldes latidos y se hiele mi pasión como en el pecho de un cadáver. Arrebatadme la memoria, el pensamiento, las potencias... Me siento aliviado... Creo que podré orar. (*Se postra.*) “María”... ¡María! ¡Madre de Dios, cambia de nombre! (*Se levanta.*) ¿Cuánto tiempo hace que permanezco en este sepulcro? No lo recuerdo. Mi madre ha muerto. (*Solloza.*)

ESCENA II

Entra Fray Fabián arrastrándose. Le sigue un monaguillo con un plato de comida y un vaso de agua.

FRAY

—Dadme. Dame pan, agua... La sed me abrasa. Ha mucho tiempo que no como. Quiero tenerme en pie. Acércate. La mano... Va faltándome la vida. Quiero comer, comer... (Le ponen delante el plato y el vaso) ¡Oro! ¡Me han de dar oro! Apartad. ¡Oro en bruto! ¡Oro fundido! ¿Para qué, decidme, para qué toda esa riqueza? No puedo comerla. Es horrible. Tomadla, Señor novicio, tomadla; es vuestra.

JUAN

—¡Oh miseria!
(*Cantan fuera.*)

—*Las arenas de los ríos
Donde mi negra se baña
Son dichosas, son dichosas,
Más que si fueran doradas.*

FRAY

—¿Oís esos cantos? ¿Habéis oído lo que dicen?
¿Quiénes son? Mirad...

JUAN

—Unas pobres lavanderas. Vuelven del río.

FRAY

—¿Por qué pasan cantando, decidme?

JUAN

—Porque aman y son felices.

FRAY

—¿Tienen oro?

JUAN

—No, Fray Fabián; entonces quizás no lo fueran.
Comen mal y se visten peor, pero comen con hambre
y, sobre todo, aman.

FRAY

—Pues que vengan. Llamadlas. Es preciso que me
digan el secreto de su dicha. Ved si me quieren dar
de lo que ellas comen. Pedidles carne, agua... Su



vianda ruda predispone mí hambre. El agua de sus cántaros es fresca. Suplicadles, decidles.

(Un monaguillo que ha subido a la ventana vuelve con frutas, carne.)

JUAN

—Yo también envidio a esas mujeres.

FRAY

—¿No han querido entrar esas gentes?

JUAN

—Sus hijos las esperan en casa: no pueden detenerse.

FRAY

—Tienen hijos esas mujeres...

JUAN

—Tomad, padre.

FRAY

—Carne, frutas, piñas, ¿qué cosas son esas? *(Con alegría que causa tristeza.)* Pescado, agua,

naranjas... ¡Ah! Dádmelas. Caiga el zumo benéfico en mi abrasada lengua: dadme esa agua para templar mi caldeado pecho, que el hambre angustia y consume con su fiebre. ¡Los panes de oro! ¡Los peces bruñidos! ¿Quién prepara esa abundante argentería? Cual si para servirlos a mi mesa un arte maravilloso ha acumulado los ricos metales y orfebre misterioso e implacable los cincela, acomodándoles la forma de los alimentos... ¿Qué mágico ha dado cita a los gnomos fabricantes del oro, que viven en las entrañas de las minas y vienen de los senos de la tierra, dejando exhaustas las preñadas vetas? ¿Qué mano invisible esculpe los manjares, dando mentida forma a la rica materia, y dejándole al oro cincelado su temple frío, su color siniestro, su dureza fatal? ¡Agua, agua!... Un genio infernal llena mis vasos de metal fundido que el aire no consigue enfriar ni llega jamás a congelarse... Tengo sed insaciable y esa copa de bebida candente desgarraría en profundas grietas mi garganta, abriéndose en mi pecho horrorosos caminos. Tengo hambre inextinguible y esos potajes son estériles, son ingratos como la piedra. Miserable de mí: ocultad esas joyas funestas; quitadlas, quitadlas, digo... *(Arroja los platos con*



desesperación.) Empecé por codiciarte, después se concentró allí toda la fuerza de mi corazón... Después, tuve mucho oro, oro por todas partes y sentí una inacabable e inmensa embriaguez. De estos amores fatídicos ha llegado por fin el hastío... Ya no quiero más oro. Por instantes, el pavimento, los muros, esa prolongada galería, esas estatuas, mis manos, todo se convierte en arquitecturas deslumbrantes y en amontonamiento de riqueza que me exaspera. He llegado a aborrecer la luz del día y el resplandor de las estrellas. Tienen un color funesto. Tengo hambre... Mirad, pues, la muerte que llega: llega a abrirme paso hacia el sepulcro por entre los escombros de una opulencia mágica y aborrecida. Basta, basta: llega gente. (Vase arrastrándose. DON JUAN le sigue.)

ESCENA III

El Religioso, como en el acto anterior, lleva una barba que le baja hasta el pecho.

Síguenle Frailes de barbas largas, ancianos, inclinadas las cabezas y llorando silenciosamente

EL RELIGIOSO

—Es inútil, os digo. Hace algunas horas están rodando las cabezas de los culpables. He puesto en libertad a los que acusabais de tener inteligencia con los conspiradores encerrados en los castillos y torturados en Guatemala.

(Los religiosos se postran.)

Levantaos. Vuestras lágrimas, ancianos, no conmueven mi corazón y vuestra actitud doblegada y suplicante atrae sobre vuestros cuellos el filo del hacha del verdugo. Sabed que vuestra conmiseración me irrita. Levantaos. Veo que habéis honrado debidamente a todos los santos varones que han glorificado las comunidades del reino de Guatemala. Reconozco en esas efigies de piedra el cincel piadoso de Samuel Tequelí. *(Va deteniéndose*



ante cada nicho de los que contienen efigies de piedra.) El Hermano Pedro de San José de Betancourt. ¿Sabéis que este Santo varón no pudo aprender la Gramática? *(Los Frailes sollozan a intervalos y permanecen arrodillados en actitud desesperada.)* Es el fundador de la orden de Betlemitas.

Limpiaba con la lengua las llagas podridas de los enfermos. Hacía milagros y resucitó seis muertos. Ha sido canonizado por nuestro Santo Padre Clemente XVI, ¿no es verdad, Señor Arcediano? Sabed que hallo placer en el estudio de la historia de Indias. Conozco a Herrera y a Bernal Díaz del Castillo...

(Se escuchan rumores de grupos y multitudes que pasan.)

ESCENA IV

Dichos; el Notario. El Padre Abos aparece por el fondo y avanza con lentitud.

EL RELIGIOSO

—Fray Antonio Margil de Jesús... *(Pasando a la*

efigie del nicho siguiente.)

NOTARIO

—Excelentísimo...

EL RELIGIOSO (*viendo la efigie*)

—Otro Santo varón. Salió sano y salvo del poder de los caníbales de Talamanca, en Costa Rica...

NOTARIO (*temblando*)

—Excelentísimo Señor Visitador...

EL RELIGIOSO (*refiriéndose a la efigie*)

—Y convirtió los brujos, hechiceros y agoreros de Matagalpa...

NOTARIO

—Señor Visitador...

EL RELIGIOSO

—Hablad. ¿Han sido ejecutados los prisioneros?

ABOS

—Señor, el número es enorme.



NOTARIO

—Además, el miedo a la muerte les hace emplear mucho tiempo en la confesión.

(El mismo rumor de multitudes que pasan.)

EL RELIGIOSO

—¿Qué significan esos rumores?

ABOS

—El pueblo, Señor, está como delirante y tendiendo al desenfreno. Ha sabido que están decapitando a toda la nobleza y la horrorosa impresión le desborda.

NOTARIO

—Se desborda sin hallar qué hacerse.

EL RELIGIOSO

—Doblad las guardias. Y tocante a los prisioneros, haced que se abrevie la ejecución. Si les prolongan demasiado los auxilios espirituales, haced que se retiren de la cárcel los sacerdotes. ¿No hay más qué saber? Podéis marcharos.

ABOS

—¡Oh Señor! Están como enloquecidas las familias de las víctimas. Hijas y esposas se dirigen al templo: unas a llorar por los ya difuntos, y otras que vienen a suplicar el perdón de los sentenciados. Si os asomáis a esa galería que da al templo veréis cómo llegan en grupos. Nuestra nobleza se ha mantenido fiel al monarca. ¡Ved, pues, cómo extermináis a un pueblo! Los religiosos preparan rogaciones.

EL RELIGIOSO

—Podéis hacer. *(Pase el NOTARIO.)*

ESCENA V

Dichos, menos el Notario

—Alzaos, Reverendos. Intercedéis por esos hombres a quienes condena mi justicia que es la del rey, la de la España. *(Levántanse los Religiosos sin atreverse a dar un paso.)* Aquí reconozco al Prebendado Don Diego de Carvajal, Arcediano de la Iglesia de Guatemala. *(Pasando a otra efigie.)* A su muerte dejó 7,000 tostones para casar a catorce



doncellas pobres. Quinientos tostones de dote a cada una. *(Se empieza a oír por el lado de la iglesia un débil rumor de sollozos.)* El padre Alonso Sánchez. *(Pasa a la escultura siguiente.)* Vivía en una gruta y un ángel descendía a suministrarle el sustento. *(Crece el rumor de llantos)* El custodio Provincial Fray Gonzalo Méndez. *(Pasando a la otra efigie).* Vivía sin comer y hacía milagros. La iglesia registra a ese varón guatemalteco en su Martirologio, Beati Gonzalvi Mendicij: incliti Guatemalica e Provincie fundatoris... ¿No es verdad, Señor Arcediano?

(En este punto se oye estallar en sollozos a la multitud que llena la iglesia, y los ancianos Religiosos avanzan y se postran ante el Religioso, exclamando:)

LOS RELIGIOSOS

—¡Misericordia, misericordia!...

EL RELIGIOSO *(aparte)*

Mis entrañas se conmueven y mi espíritu vacila y se aturde. ¿por ventura esa piedad se ha hecho para mi corazón?... Mi alma fuerte, incommovible como el hierro y sombría como la noche, se funde en infinito dolor al soplar esa tempestad de sollozos. La guerra

es a muerte y en el festín del triunfo me siento jadeante y vencido...

(Meditabundo y sin dar a conocerlo pasa al nicho siguiente.) Basta de sangre... ¿Qué veo? Por fin... *(Contemplando la efigie con transporte de odio.)* ¡Es Ursino!... ¡Ursino! —Vuestra comunidad ha honrado al reverendo, colocando su efigie a la par de la de esos santos y mártires...

LOS RELIGIOSOS

—¡Misericordia! *(Los sollozos y llantos llegan más tumultuosos y desgarradores.)*

EL RELIGIOSO *(aparte)*

Oh, me sentí vacilar hace un momento. El semblante de Ursino petrifica la piedad. ¡Oh venganza! Quiero sentir la inmensidad de mi resentimiento satisfecha por la amargura de un mar de llanto... *(Suena la campana.)* Tocaban a rogaciones. —Encaminaos a la iglesia, hermanos. Iré a oír las quejas de esas gentes... *(Salen Los RELIGIOSOS.)* Mis ojos hidrónicos no se sacian de contemplar esa imagen aborrecida.



MARÍA (*dentro*)

—Dejadme entrar...

VOZ

—Atrás,

MARÍA

—Dejadme entrar...

(El RELIGIOSO se dirige al lado de donde viene la voz)

EL RELIGIOSO

—Dejad paso a esa mujer...

ESCENA VI

El Religioso; María, cubierta con un velo negro

EL RELIGIOSO

—¿Qué deseáis?

MARÍA

—Quienquiera que seáis, apiadaos de mí. Oídme, Señor. No me dejéis. Quiero tomar consejos de un

siervo del Señor.

RELIGIOSO

—Yo no puedo oíros, pobre joven. Me esperan en el templo.

¡Esperad! (*Llamando a alguien que divisa en las galerías vecinas.*) ¡Eh!...

¡Venid, hermano! (*No alumbra más que la lámpara.*)

ESCENA VII

El Religioso; Juan; María

EL RELIGIOSO

—He aquí una mujer que necesita de vuestros consejos... (*Aparte*). En ese religioso reconozco a mi valiente Don Juan. (*Echando una mirada a la efigie de FRAY FABIÁN.*) ¡Ursino!... Justo es que durante veinte años no le haya encontrado: la hipocresía es profunda. (*Vase. DON JUAN ha escuchado y permanecido distraído. MARÍA en el fondo, cubierta siempre con un velo negro, toda ella con aspecto de*



miseria)

ESCENA VIII

Juan, María

JUAN (*Aparte*)

—¡Aconsejar! ¡Dar consuelos! ¡Harto los necesito!...

MARIA

—Piedad, Señor, piedad, (*Arrodíllase*)

JUAN (*aparte*)

¿Qué oigo? ¡Gracias, Dios mío!, bendito seas...
¡Calla, corazón!... Mi madre... El voto...

MARÍA

—Señor, ¿decidme si tan gran crimen es el amor que traiga consigo perdición y desgracia? Oídme, Señor. Os confesaré mis culpas y veréis el fondo de mi alma. Amo a un hombre. Creí que mi destino sobre la tierra era hacerle feliz... Cuando él estaba ausente, concentraba en su recuerdo todas las

fuerzas de mi corazón. Cien veces he querido arrojarle de mi pecho, y mi pecho como si no pudiera vivir sino respirando el fuego de mi pasión, me consume cada vez más en ansias enamoradas que me afanan y me enloquecen. Esto es un gran pecado, lo sé, padre... Hoy mismo, ¡infeliz!, no vivo sino de su hermosa sombra, que conmueve mi ser impresa eternamente en mi alma. De noche, padre, de noche he juntado mis manos para pedirle fuerzas al cielo, y al levantar mi oración, buscando el nombre de Dios he dado con el suyo... el de mi Juan... (*JUAN inclina la cabeza desesperado.*) Es ceguedad, es delirio, es locura. Sabed que no tengo la culpa. Era valiente; sabía amarme... Fijaba sus ojos en los míos y todo mi ser estremecido se sentía esclavizado, como si mi vida dependiera de la respiración de aquel hombre. Cuánto le amo, señor: soy una grande pecadora. Aconsejadme.

JUAN

—Madre mía, dadme fuerzas... El voto ha de cumplirse...



MARÍA

—Mi Juan volvió de la guerra, padre. Díjome que en su largo viaje no había olvidado a la pobre mujer que le amaba... Yo le revelé mis sueños de felicidad y le di mi corazón. Yo era su esclava y esa esclavitud era mi orgullo... Os hablo demasiado de estas cosas... Don Juan tenía que cumplir un voto... y no pudo cumplirlo. Ha desaparecido y se dice que se ha dado muerte....

JUAN (*aparte*)

—No sabrá que la adoro, que vivo porque pienso en ella... Gracias, Dios mio: tu ayuda me salva; mi fe se temple y me fortifica.

MARÍA

—La ciudad entera me acusa de ser la causa de tantas desgracias; me han arrojado a la calle...

JUAN (*aparte*)

—¿Qué dice?

MARÍA

—Me acusan de haber hechizado a Don Juan y al

Prior del convento... porque amaba al uno y porque el otro había recibido para la comunidad la inmensa fortuna de los López... El más vil populacho me insulta... Busqué amparo en el convento de la Merced; quería ser monja, huir del mundo. Me negaron la entrada. Me arrojan de los templos... Si estuviera Don Juan nadie me habría arrojado a la cara sus ofensas horribles y me habría librado de la burla de las malas mujeres...

JUAN

—¡María, María!

MARÍA

—¡Juan, mi Juan! *(Se arrojan en brazos uno del otro: JUAN se separa bruscamente.)* No me abandones, Juan, no me abandones...

JUAN

—Madre, si en el cielo se escuchan esas palabras, haz que una lágrima tuya, caída de la eternidad, apague el rayo que se ha apoderado de mi ser y domina mi espíritu... ¡Pasa, vértigo! ¿Te han echado a la calle?



MARIA

—Sí, duermo en las plazas. Los soldados me han ultrajado y me he defendido de ellos a fuerza de gritos y desesperación... Nadie se apiada de mí... Me maldicen, Juan. Me creen hechicera.

JUAN

—Mi amada de mi alma, perdida en la alta noche por esas calles... ¡Yo he oído eso y no te he dado muerte!... ¡Alma mía!... Debí abrazarte de modo que me quedaras sobre el pecho convertida en cadáver...

MARÍA

—... ¡Me das miedo! ¡En qué piensas, mi Juan!... Mírame a los ojos, a la frente...

JUAN

—Ah, pura como un ángel... Todas las fuerzas del cielo y de la tierra no me obligarían a permanecer aquí un solo instante... Ah miserable de mí... Mi María, la han ofendido... y yo aquí. Cantando en el coro como un insensato. ¡Ah miserable! Venga ese puñal, inútil en tus manos, madre de Jesucristo... El puñal de los López...

(FRAY FABIÁN atraviesa el fondo oscuro arrastrándose y observando.)

¡Quiero salir de este claustro horroroso!... Quiero ganar la calle y hundir en el polvo al primero que vuelva hacia tu faz, más pura que el sol de los cielos, la menos ofensiva de sus miradas... Nada oigo, nada pienso... *(Suenan música y cantos religiosos que vienen de la iglesia.)* Recuerdo bendito de mi madre...

MARÍA

—Ampárame, Juan; tengo miedo...

JUAN

—El voto de mi madre... ¿Por qué, Dios mío, por qué no salí de la tierra como el gusano del fango?... Huyamos, María, alma de mi alma; ya vez que no te dejo, ¿cómo dejarte? ¡y he podido pensarlo siquiera!... *(FRAY FABIÁN ha atravesado por el fondo y en esos momentos desaparece.)* Huyamos...

MARÍA

—Sí, huyamos... ¡Juan, huyamos! *(Vuelve a sonar*



música religiosa y cantos)

JUAN

—¡Sí, pronto!... Atrás quedad, himnos y tristes salmodias; llegais a mis oídos como un reproche bajado de las alturas y vuestra armonía asorda mi corazón como el trueno de las iras eternas... ¿Te acuerdas?, ella dijo: “Dios lo ha oído”.

MARÍA

— Oh? No hables así... No pensemos más que en los dos... en salvarnos... Te he vuelto a ver y siento que toda el alma me sale a las pupilas y te veo con más fuerza que si te estrechara en mis brazos...

JUAN

—Ven, alma... Huyamos. El mismo sepulcro sería para nosotros dos un hogar encantado. *(La toma por la cintura y va a subir la ventana; se oyen rumores de gente que se acerca.)* Pronto, María. Llega gente... ven, mi vida... ¡Maldición!

MARÍA

—¡Estamos perdidos!

VOCES (*dentro*)

—Huyen; ¡la hechicera!

ESCENA IX

El Padre Abos. Se llena el teatro de frailes con antorchas que señalan a Juan y a María, que permanecen en la actitud de huir

ABOS

—¡Sacrilegio!

FRAILES

—Sacrilegio... Sacrilegio... Apoderaos de la hechicera...

JUAN

—Llegaos, llegaos... Quiero cobraros a precio de vida cada paso que deis para llegaros a esa mujer.

ABOS

—¡Sacrilegio!...



VOCES

—Apoderaos de la hechicera...

JUAN

—¡Paso!!...

MARÍA

—Sálvame, sálvame.

ABOS

—¿A dónde ibais?

JUAN

—Huía con esta mujer... (A los Frailes.) ¡Abridme paso!... ¡paso!!

ESCENA X

Dichos; el Religioso

EL RELIGIOSO

—¡Abridles paso!

ABOS

—¡Quiero hablaros! Oídme.

EL RELIGIOSO

—Hablad, anciano.

ABOS

—Me llamo Abos. Vivo en la montaña. Os veo las insignias de Visitador. Yo llevo sobre la nieve de mis cabellos la diadema de un siglo. Sois un religioso y habéis matado a un hombre con vuestras propias manos. ¡Estáis haciendo decapitar a la nobleza!

EL RELIGIOSO

—Los mata la monarquía. Haced al rey ese cargo.

ABOS

—Vuestras palabras tienen doble sentido, Señor. Con ellas acusáis a la monarquía, a la España. Las palabras que habéis pronunciado hace un momento, la libertad que dais al novicio, relajante de voto sagrado, vuestro apoyo en contra de las leyes santas y en favor de las leyes de la naturaleza, vuestra cólera que aniquila a los grandes, todo denuncia a un



impío del nuevo siglo. Todo eso pasa desapercibido merced al terror que inspiráis.

EL RELIGIOSO

—Oídmelo. Sé que sois virtuoso. Qué amáis en vuestro corazón: a la España o a la América?

ABOS

—A la España.

EL RELIGIOSO

—Yo a la América.

ABOS

—De allá vinieron mis dioses.

EL RELIGIOSO

—De aquí nacerán los míos.

ABOS

—Allá está el rey, el elegido de Dios.

EL RELIGIOSO

—Y aquí va a nacer su primogénita, la libertad.

ABOS

—Tengo cien años: siempre respeté mis deberes de vasallo.

EL RELIGIOSO

—Plegue al cielo que el último día de vuestra vida dejéis de ser el siervo de un rey y os llaméis el ciudadano de un pueblo.

ABOS

—¿No venís, pues, a nombre de Femando Sétimo?

EL RELIGIOSO

—Llego a nombre mío, del pueblo naciente.

ABOS

—¡Habláis así! ¡Qué he oído! ¡Por eso, Santo Dios, a la hora en que hablamos acompasan nuestras palabras los golpes de hacha que hacen rodar la cabeza de esos nobles!

EL RELIGIOSO

—¡Oh padre Abos! Habéis vivido tanto, ¡hablad



del 93!

ABOS

—Visitador de las Indias: voy a hablárselo al pueblo. Ya sabéis que no es mucho lo que vale esta cabeza.

EL RELIGIOSO

—Más que la mía, padre: ¡Id! ¿No veis que todo se conviene en catástrofe? ¡Oprimís al pueblo y el pueblo se alza y os hunde! ¡Queréis tocar el cielo con las manos y el cielo se desploma sobre vosotros y os aplasta! ¡Queréis encadenar la naturaleza y la naturaleza, rompiendo el cauce, se desborda irritada, ocasionándoos una inundación de desgracias!... ¡Abridles paso!...

ABOS (a los Religiosos)

—Ya no es tiempo de clamar: ¡Misericordia! La Iglesia gime: profanación.

(JUAN y MARÍA desaparecen entre las filas de los religiosos, que les siguen lentamente, repitiendo: ¡profanación! Cuando todos han desaparecido,

quedan el Religioso de pie a un lado y FRAY FABIÁN, en el suelo, en el otro.)

ESCENA IX

El Religioso; Fray Fabián

FRAY

—Es el Visitador... Me siento morir... Tengo miedo a la muerte: quiero que él me salve... *(Se arrastra)* No tengo fuerzas. Quiero que me confeséis. Mi muerte llega...

EL RELIGIOSO

—¡Confesaros! *(Aparte.)* ¿Qué miserias va a echarme este hombre a los oídos?

—¿Sois vos quien ha delatado a esos jóvenes en el momento en que huían?

FRAY

—Soy yo... Oídmelo: voy a morir y quiero librarme del demonio... Yo soy el hechizado...



EL RELIGIOSO

—Luego sois . (*Levanta violentamente a FRAY FABIÁN y lo ve a la luz de la lámpara. Aparte.*) Gracias, infiernos: ¡he aquí a Ursino!. Yo le marqué en la frente: ¡es el esclavo de mi venganza!

FRAY

—Me hacéis mal...

EL RELIGIOSO

—Ibais a confesaros, hablad.

FRAY

—He aborrecido a los hombres.

EL RELIGIOSO

—Yo lo mismo, ¿qué hay de malo? ¡¡Pero vos robasteis una mujer a su marido, hace veinte años!! Sí, ¿qué hicisteis de ella?: ¡pronto!

FRAY

—¿Para qué se la robaba? Saciaba mi odio y alimentaba mi vanidad. Todo Guatemala dijo que yo robaba las mujeres a sus maridos... (*Se ríe*

sordamente.) ¿Lo sabéis? ¡Todos lo saben!

EL RELIGIOSO

—¡Acabad! ¿Qué hicisteis de esa mujer?

FRAY

—La llevé al campo, a una casa... ¿Por qué me veis así?... ¡Horror!... ¡Ya estoy muerto, pues!... ¿Vais a llevarme?... ¡Es Satanás!

EL RELIGIOSO

—¿Qué hicisteis de ella? ¡Hablad porque tengo de hacer de mis manos un instrumento de tortura para arrancaros las palabras! (*Saca un puñal del hábito. Aparte.*) Adivino lo que va a decir. No llegarán las palabras a mis oídos sin haberlas ahogado en su pecho... ¡Pronto!

FRAY

—Robaba las mujeres y salían de mis manos puras como antes.

EL RELIGIOSO

—¡Es espantoso! No era amor ni placer....



FRAY

—¡No!

EL RELIGIOSO

—¡Era que odiabais a los que se aman!

FRAY

—¡Sí!

EL RELIGIOSO

—¿Era que gozabais como mi demonio
quebrantando su dicha?

FRAY

—¡Sí!

EL RELIGIOSO

—Era que aborrecíais a las mujeres que robabais.
¡Ninguna pasión, fantasma!

FRAY

—¡Sí, sí! ¡Espantoso y fatal!, ¿no es cierto?...

EL RELIGIOSO

—¡Era que todas las fuerzas de ese corazón se hicieron avaricia!

FRAY

—¡Sí, sí!

EL RELIGIOSO

—¡Y el oro! ¿Eso fue el amor de la vida? ¡Y la hipocresía, y el odio, y la soberbia! El más ruin de los demonios ha hecho un palacio de ese cuerpo. ¡Oro, sólo oro!...

FRAY

—¡Oh no! ¡Basta, de oro! ¡Padre! ¡Quitadme estas manos! Todo es oro.

EL RELIGIOSO

—¡No deliréis! ¡Hablad!, ¿qué fue de aquella mujer?

FRAY

—Temió la deshonra. Quedó sola, cautiva, en el campo... Al volver, la hallé muerta. ¡Oh, estaba



terrible con su corona de flores blancas en las sienes!

EL RELIGIOSO

—¡Gracias, Dios mío! Hace ya mucho tiempo que no lloro. (*Solloza. Pausa*). ¡Ursino!! Ved... (*Arroja el disfraz*)

FRAY

—¡Si! Es el esposo de María. Es Partideño, el bandido. ¡Venid! ¡Matadme!

PARTIDEÑO

—¡Oh infierno!, ¿para esto había de buscarle veinte años? ¡Atrás miserable! Me aterra, oídlo, me aterra poner mis manos donde Dios ha puesto las suyas. Sus ojos chispean fúnebremente, sus facciones tienen la impresión de un dolor implacable, sus miembros se niegan a sostenerle, se arrastra como un reptil, y hay en su semblante una llama sombría que es irradiación venida de los infiernos... (*Fuera se escuchan gritos del Pueblo: ¡A la hechicera!*) ¿Qué hacen? ¡Abos acaudilla a plebe! La plaza hierve como un océano.

JUAN (*dentro*)

—¡Atrás!

VOCES

—¡A la hechicera!

JUAN

—¿Queréis más sangre? ¡Pues vedla!

PARTIDEÑO

—Es don Juan. Su furor le hace invencible y hiere los pechos de la multitud con la fuerza de un león enfurecido... La muchedumbre, semejante a un mar, ha arrebatado a la joven... En vano procuran juntarse... ¡Oh! La fatalidad ha hecho sonar la hora terrible: Don Juan desesperado se ha dado muerte.

VOCES

—¡La hechicera! (*Suena una campana.*)

PARTIDEÑO

—Es la hora en que han de llegar mis hombres... Llegan. ¡Oh! Ya todo es inútil: Dios se me ha



anticipado.

(Entran algunos Bandidos por el fondo.)

VOCES

—¡Muera la bruja!

PARTIDEÑO

—¡Qué hacen! Se echan sobre esa desgraciada como bestias feroces. Han levantado una hoguera. *(En este momento entra por la ventana el resplandor intenso de una hoguera.)* ¡Esa es parte de la obra! *(A FRAY FABIÁN, levantándole a la altura de la ventana.)*

FRAY

—Queman esa mujer: ¡matadme!, porque ese incendio es el que abrasa mi pecho... ¿No queréis herirme? *(Amenazante.)*

(PARTIDEÑO le suelta con desprecio y EL FRAY se desploma; luego empieza a arrastrarse hacia la ventana.)

PARTIDEÑO *(volviéndose a su gente)*

—Mirad, ese hombre me ha hecho malo. Es tan perverso que hizo nacer en mí la inmensa vanidad de

creer que yo; en cambio, podía ejercer la justicia divina. Dios me ha demostrado que sus castigos van por caminos ocultos y ante sus fallos nada son las más horribles venganzas. *(Vuélvese hacia la efigie de FRAY FABIÁN)*. ¡Mirad! Los hombres ya le habían señalado un puesto entre los santos. *(Mientras PARTIDEÑO habla a los Bandidos, con los cuales ha llegado SABINO, FRAY FABIÁN se ha arrastrado a la ventana por la cual entra el resplandor. Se pone de pie, sosteniéndose en el quicio. Hace esfuerzos por gritar y no puede)* ¿Qué hace? ¡Puede aún gozar con el suplicio de su víctima! *(FRAY FABIÁN hace un esfuerzo supremo y grita de un modo espantoso y prolongado)*

FRAN FABIÁN

—¡Aquí! ¡!!Partideño!!!

(Cae desplomado, muerto. Fuera se oyen gritos aislados en varias direcciones.)

PARTIDEÑO

—La víbora levanta la cabeza... Habéis asegurado las puertas. Hay tiempo para salir. Volved al muro por donde habéis penetrado. Id vosotros delante.



(Desaparecen los bandidos.) Ahora tú, Sabino.
(SABINO permanece a su lado.)

(
Empieza un rumor que crece y crece y después un grito inmenso de la multitud que llena la plaza: ¡Partideño!)

BANDIDOS *(dentro)*

—Por aquí, Capitán.

PARTIDEÑO

—¡Huid! ¡No hay tiempo que perder!

BANDIDOS. *(Dentro)*

—¿Qué hacéis, Capitán?

PARTIDEÑO.

—Me quedo. ¡Huid! ¡Huid!... Ya están a salvo... Los soldados les han visto y cierran la salida. Ya están lejos por dicha. *(Al volver se encuentra con SABINO que ha permanecido inmóvil.)* Tú aquí, ¡Oh Santo Dios! ¿Qué haces, niño?

SABINO

—¡Yo también! ¡Me quedo!
(*PARTIDEÑO lo contempla. Pausa.*)

PARTIDEÑO

—Ursino ha muerto.
(*Gritos y rumor creciente en el exterior. Ruido a las puertas*)

SABINO

—¡Capitán! ¡Llegan!

PARTIDEÑO

—¡Ursino!: juicios de Dios. (*Después de una meditación tétrica*). Sabino, toma esa cuerda.

SABINO

—¡Para qué, Señor! (*SABINO toma la cuerda del hábito de franciscano que llevaba PARTIDEÑO.*)

PARTIDEÑO

—Para salvarte. Átame las manos. ¡Obedece!... Porque es la última vez... Ahora, toma el otro cabo... (*SABINO hace lo que dice el CAPITÁN. PARTIDEÑO, atadas*



las manos, y SABINO con el otro extremo de la cuerda en las suyas: en estos momentos, la multitud invade el escenario.)

ESCENA XII

*Dichos; Abos; el Notario, Frailes, Pueblo, Soldados,
&*

ABOS

—¿Dónde está el Visitador?

PARTIDEÑO

—Vedle: ¡soy yo!

ABOS

—¿Quién es ese hombre?

PARTIDEÑO

—¡Partideño!

TODOS (*con terror*)

—¡El bandido!...

PARTIDEÑO

—Tomad en cuenta que me entrega este niño; la Capitanía General le adeuda el precio de mi cabeza y le perdona haber andado en mi cuadrilla. Ahora, vamos.

ABOS

—Prendedle. *(Se apoderan de PARTIDEÑO. AL NOTARIO)* ¡Volad a suspender las ejecuciones!

TODOS

—¡Muera! ¡Muera!

PARTIDEÑO

—Ya era tiempo. *(Llévanse a PARTIDEÑO. El rumor y los gritos se van alejando.)*

ABOS

—Ha salvado a ese niño. *(A SABINO.)* Arrodíllate. Oremos por él.
(Ambos se postran. Telón.)

FIN DEL DRAMA.